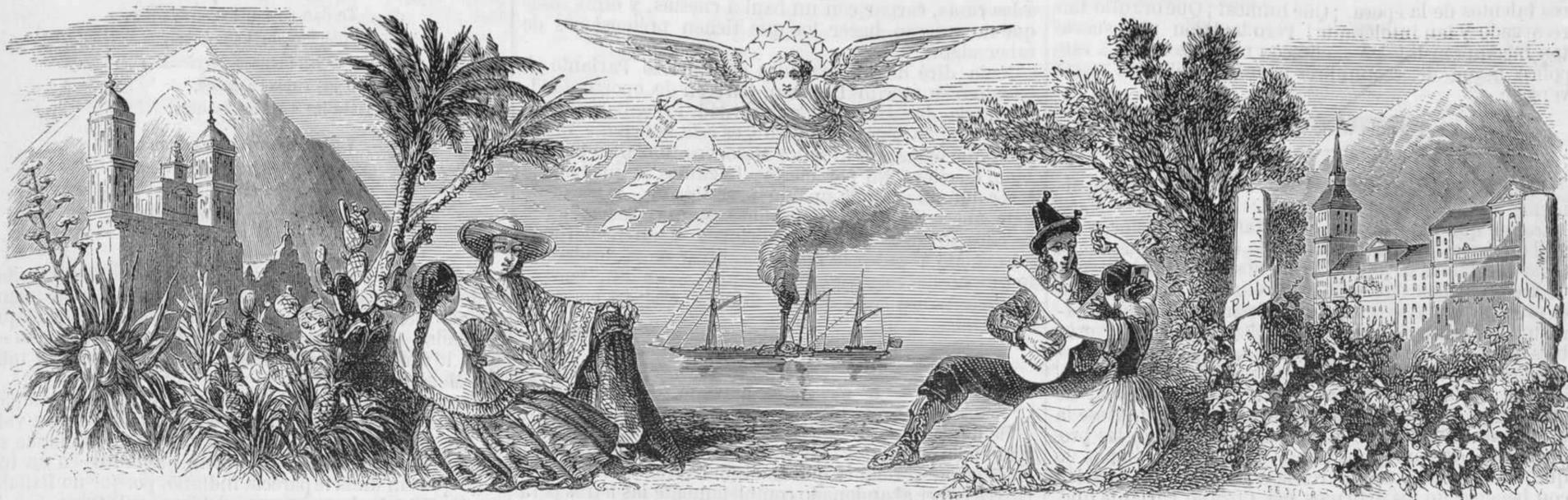


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 36.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

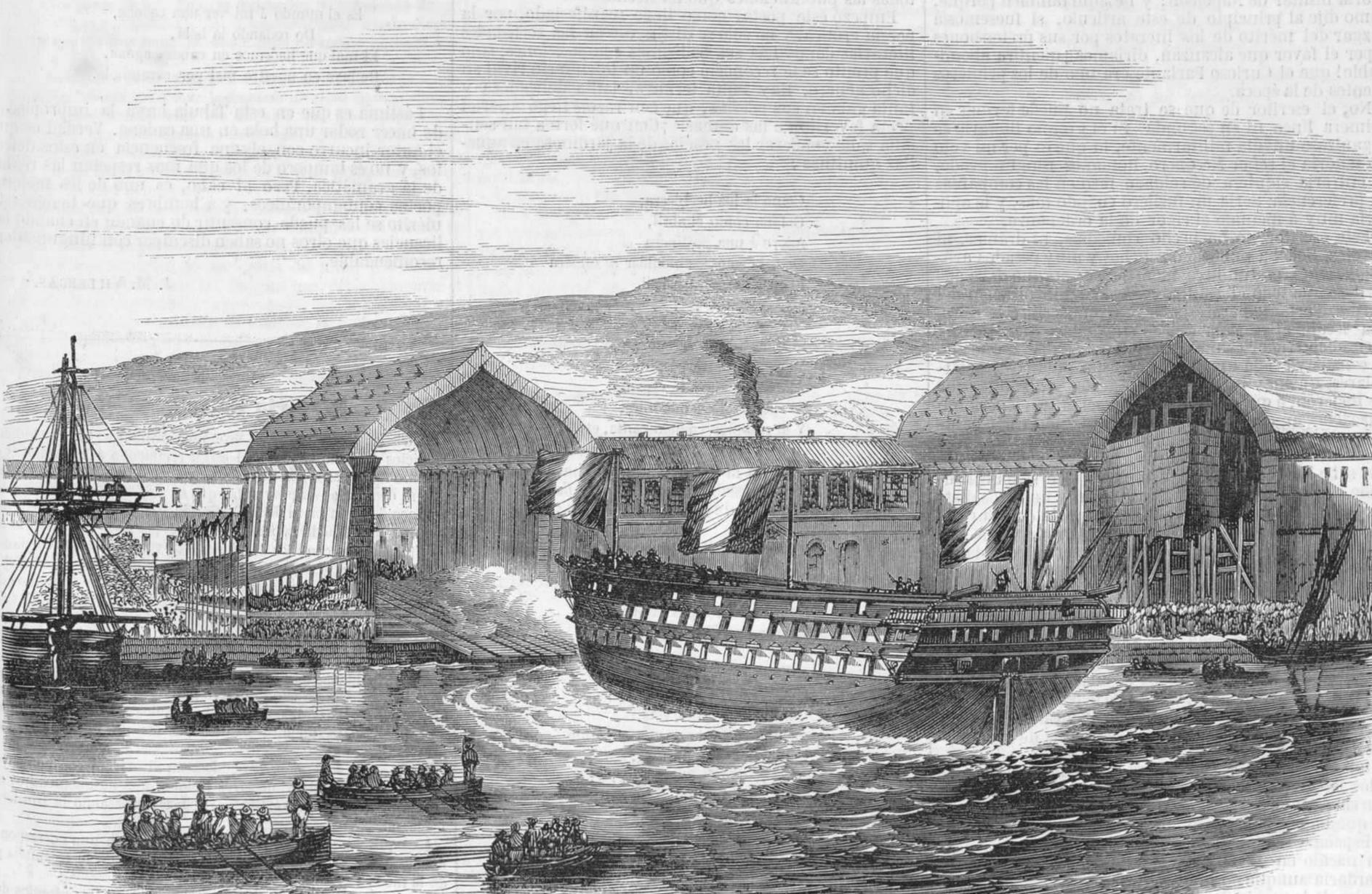
El navío *Fleurus*; grabado. — Poetas españoles contemporáneos; D. Ramon Mesonero Romanos. (El Curioso Parlante); D. Ramon Campoamor. — Historia de la semana. — ¡Pobre Madrid! — El álbum de la Moldo-Valaquia; grabados. — Una noche de Aquelarre. — Palabras de una madre á su hija. — Fiestas del 15 de Agosto; grabados. — De la crítica en general. — El Narcisito. — Nuevas minas de diamantes del Brasil; grabados. — Escenas de un drama inédito. — Revista de la moda. — Invenciones, antigüedades, etc.

El navío *Fleurus*, de 90 cañones, cuyo grabado va en la primera página de nuestro número, tiene una máquina de vapor de 540 caballos y un propulsor submarino. Entre todos los vapores marítimos, este es el único, como se ve, que tiene la popa cuadrada. Conservándole así su forma primitiva en las obras muertas (1), ha resultado una grande economía al trasformarlo de buque de vela en buque mixto. Como el *Napoleon*, no

(1) La parte del buque que está fuera del agua se llama *obras muertas*, y la que está dentro *obras vivas*.

tiene pozo, es decir, que su hélice no podrá sacarse fuera del agua cuando el buque navegue con vela; en este caso perderá la brújula.

En suma, la transformacion de este buque no se parece en nada á la que han sufrido los otros navíos mixtos, como el *Carlomagno*, el *Austerlitz*, *Jean Bart*, etc., de modo que si este ensayo tiene buen éxito, como es de esperar, la regeneracion de la marina francesa será ménos onerosa al Estado. — Esta será una útil economía.



Bote al agua del navío *Fleurus* en Tolon.

Poetas españoles contemporáneos.

D. RAMON MESONERO ROMANOS. (El Curioso Parlante.)

Si fuésemos á juzgar del mérito de los literatos por sus pretensiones ó por el favor que alcanzan, diríamos que el señor Mesonero Romanos era uno de los primeros talentos de la época. ¡Qué humos! ¡Qué orgullo tan recargado y tan intolerante! Pero también ¡qué suerte tan incomprensible! A nadie con mas razon que á este pobre fisgon de costumbres pueden aplicarse estos versos :

Fortuna te dé Dios, hijo,
Que el saber poco te basta.

Empezó este escritor á darse á conocer principalmente en el periódico titulado : *El Semanario pintoresco*, de que fué á la vez propietario y redactor, y en ambos conceptos quiso protegerle la suerte que, como todas las damas frívolas y caprichosas, suele dispensar su favor á quien ménos lo merece. ¿Bajo qué auspicios se presentó dicho señor en la palestra con el doble carácter de literato y de editor? Bajo los mas desfavorables que Vds. pueden imaginar. Como escritor de costumbres debia sostener la competencia con Larra, que llegaba entónces al apogeo de su gloria, y á pesar de la inmensa diferencia que habia entre los dos, vióse la estupenda anomalía de que los que celebraban las producciones de Larra, que era á Mesonero Romanos lo que un águila á un murciélago, recibieron también con benévólito los artículos del Curioso Parlante que, lo repetimos, era á Figaro lo que el murciélago al águila.

Esto como escritor. Como editor, la suerte le fué aun mas lisonjera. Sabido es que los editores españoles se parecen á las nubes de vérono, en cuanto generalmente se presentan arrogantes, y desaparecen dando un trueno. Pues bien, el Curioso Parlante tuvo la humorada de hacerse editor de un periódico, y halló materiales para fabricar un palacio, en un camino que suele conducir á un hospital.

Todavía hay que observar otra cosa para comprender el prodigio de que voy hablando, y es que el *Semanario pintoresco*, que alcanzó tan numerosa clientela, se fundó precisamente cuando acababa de morir por falta de suscritores otro periódico del mismo carácter, titulado *el Artista*, muy superior al *Semanario*, y á todo lo que en su género se ha publicado luego en Madrid. Estaba, pues, decretado por la fortuna loca, que el Curioso Parlante hiciese un gran negocio con su periódico y con sus artículos en un país y en un tiempo en que *el Artista* cesaba por falta de suscripciones, y Larra andaba, como suele decirse, á tres ménos cuartillo.

He aquí sin duda porqué D. Ramon Mesonero Romanos formó de sí mismo una idea tan ventajosa, que probablemente no cambiaria su gloria literaria por la gloria militar de Napoleon; y he aquí también porque, como dije al principio de este artículo, si fuésemos á juzgar del mérito de los literatos por sus pretensiones ó por el favor que alcanzan, diríamos ¡mentira abominable! que el Curioso Parlante era uno de los primeros talentos de la época.

No, el escritor de que se trata no puede formar en primera línea ni en segunda. Si el gremio literario se organizase un día militarmente, lo que es por mi voto no tendria el señor Mesonero Romanos ningun grado, ni entraria siquiera de soldado raso en las compañías de preferencia. Seria un fusilero cuando mas, y le aplicaria muy á menudo el rigor de la ordenanza.

Este escritor no ha hecho comedias, ni dramas, ni novelas. Solo ha publicado muchos y muy pesados artículos sobre costumbres madrileñas; porque debe advertirse que todo el estudio y toda la inspiracion del Curioso Parlante parece haberse circunscrito á la estrecha localidad de Madrid. Eso sí, confieso que en esta parte dicho señor es una especialidad. Sabe en que año se construyó cada uno de los edificios públicos y particulares, quiénes fueron los arquitectos y albañiles que los hicieron, á que personas pertenecian, pertenecieron y pertenecen, cuantos inquilinos ha tenido cada habitación, con notas biográficas de los mismos, y de todos los individuos de cada familia, en una palabra, creo que sabe hasta el número de melones que se ha consumido en Madrid desde su fundacion hasta nuestros dias; pero á esto está reducida toda la ciencia del Curioso Parlante. No tiene ni las mas ligeras nociones de arquitectura, pero podria hacer de memoria los planos de todos los edificios, monumentos y paseos de su predilecta capital; no ha visto ni por el forro la geografia, pero colocado en cualquier punto de la tierra ó del mar, iria á cierra ojos derecho á Madrid, señalando por el camino con el dedo cada casa, cada puerta, y cada una de las colinas sobre que descansa aquella poblacion. No conoce la astronomia, no sabe la distancia que hay de la luna á la tierra, pero podria casi determinar las pulgadas que hay desde la puerta de Fuencarral, no digo yo al sol y á los planetas, sino á cada una de las estrellas fijas. En fin, no ha saludado la historia universal, ni tan siquiera la de España, pero puede dar razon de todos los hechos, de todos los acontecimientos que han ocurrido en cualquier país y en todos los tiempos, con tal que hayan ejercido alguna influencia en la capital de España. Creo que si nuestros primeros padres hubieran nacido en Madrid, D. Ramon Mesonero Romanos guardaria aunque no fuese mas que una chorrera de la camisa de la serpiente que tentó á Eva.

Pero ¿qué significa esta ciencia, y qué provecho saca

el género humano de una estadística local tan empalagosa, tan indigesta como la que ostenta en sus obras el Curioso Parlante? Lo que es para mí un hombre que sabe cosas de tan poco valor, se parece mucho á los que no saben absolutamente nada, y aun estoy por estos en atencion á que los ignorantes suelen dedicarse á ejercicios útiles, aunque mecánicos, como llevar agua á las casas, cargar con un haul á cuestras, y otras cosas que no quieren hacer los que tienen pretensiones de saber algo.

Nada diré de los artículos del Curioso Parlante en cuanto á su mérito literario. Carecen de oportunidad, de gracia, de estilo y hasta de verdad. Presentan alguna correccion de lenguaje, pero ¿es esta suficiente razon para que tengamos al señor Mesonero Romanos por un buen escritor? No por cierto; hagamos la justicia de creer que no pasa de un buen escribiente. A pesar de todo, sus artículos han gustado bastante; se han hecho de ellos diversas y lujosas ediciones, y no recuerdo si han valido al autor la honra de entrar en la Academia, lo que no me sorprenderia porque.... en fin, porque he visto tantas cosas en este mundo, que ya nada me sorprende.

D. RAMON CAMPOAMOR.

He aquí un poeta que no ha logrado una celebridad igual á su mérito, y sin embargo es bastante popular en España. Verdad es que de algunos años á esta parte, parece haber abandonado completamente las letras para consagrarse á la política, en lo que tal vez él ha ganado mucho, y aunque la poesía se resienta de su abandono, yo apruebo su conducta; pues voy empezando á creer que en este mundo el que tiene un talento particular y se empeña en cultivarlo, merecia que le aplicasen, por loco, el castigo que las leyes reservan para otra clase de delincuentes.

Pero vamos á la cuestion, y la cuestion es saber el concepto literario que debemos tener del señor Campoamor. Para esto será preciso ántes decir, que este señor ha ejercitado su musa en varios y muy distintos géneros: empezó por la poesía erótica ó amorosa, siguió un poemita filosófico titulado *los Ayes del Alma*, publicó despues unas fábulas, y como si se hubiera propuesto caminar siempre de mas á ménos, cerró su marcha literaria con unas semblanzas de los diputados á córtes.

Aunque digo que el señor Campoamor parece haberse propuesto caminar de mas á ménos, no quiero por eso decir que se vea en sus obras la decadencia del talento, sino la del cansancio, esa decadencia que nace de la muerte de las ilusiones, del fastidio que produce en el hombre toda ocupacion por sublime que sea, cuando la toma por oficio. Por lo demás, es justo decir que el señor Campoamor, tan buen versificador como prosista, ha dado muestras de una inteligencia superior en todas las publicaciones que ha hecho.

Empezó este poeta, como llevo manifestado, por la poesía erótica, y no solo se distinguió en las sociedades literarias donde leia sus bellísimas composiciones, sino que pronto se le reconoció como un talento sin rival en dicho género. Hay tanta ternura, tanta delicadeza y tanta gala en sus poesías, que con razon llegó á ser el poeta favorito de las damas. ¡Con qué forma tan sencilla sabe ponderar las gracias de la jardinera en aquellas quintillas :

Como la luz hechicera,
Galana como el abril,
Adoro á una jardinera
Que, hermosa, en cuidar se esmera
El mas hermoso pensil.

Si muestra su faz encanta,
Y cuando tierno suspira,
Al aura de envidia espanta,
Al claro sol cuando mira,
Y al ruiseñor cuando canta, etc.

¶ No es ménos bella la descripción que hace de la naturaleza en la composicion titulada : *La flor del Valle*, de la cual copiaré también algunos versos :

¡Flor columpiada entre abrojos
Que en tan apacible calma
Trocando estás mis enojos!
Tanto me encantas el alma,
Cuanto suspendes mis ojos.

Y no para mi tormento
Quieres divertir mi intento,
Que asaz divertido está.
Deja á un triste que en el viento
Sembrando ilusiones va.

¡Qué dulce es si canta un ave
Con tierno y sentido afán,
Si forma el aura suave
Sonidos que nadie sabe
Si cruzan, vienen ó van!

¡Qué regaladas dulzuras
La voz en el alma deja,
De aquellas tórtolas puras,
Que se dicen mil ternuras
Para decirse una queja!

Te dan su son los ambientes,
El plácido abril sus galas,
Ruido las mansas corrientes,
Oro las rubias zagalas,
Plata las serenas fuentes;

Y al valle tu olor prestando
Con muelle calma estás viendo
Cruzar por el aire blando,
Ya las tórtolas gimiendo,
Ya las alondras cantando.

Renunció á copiar mas versos, porque si fuese á citar todos los versos en que el señor Campoamor ha manifestado ser un poeta de primer orden, tendria que trasladar aquí todas sus poesías amorosas, género en que, lo diré aunque algunos se asusten, supera al mismo Melendez.

Pero el señor Campoamor es otro de los ejemplos que corroboran mi opinion, de que nadie en esta vida se contenta con brillar en el género á que le llama su talento especial. Cansado de recibir aplausos en un trabajo que sin duda le parecia indigno, porque no hallaba en él dificultades, aunque debiera cultivarlo por lo mismo que no las hallaba, escribió *los Ayes del Alma*, poema lleno de bellezas, pero con algunos defectos, insuperable en la expresion de los afectos tiernos y en la armonía de la versificacion, aunque á veces metafísico, es decir, oscuro, porque la metafísica es inseparable de las tinieblas.

Por fin, la última obra en verso que el señor Campoamor dió á luz, fué una coleccion de fábulas morales y políticas, entre las cuales hay de todo, aunque abunda mas lo malo que lo bueno, y siempre debe admirarse la facilidad de la versificacion. Bajo este punto de vista, figura en primer término esta fábula, que es una de las mejores del autor :

LA CARAMBOLA.

Pasando por un pueblo un maragato,
Llevaba sobre un mulo atado un gato,
Al que un chico, mostrando disimulo,
Asió la cola por detrás del mulo.
Herido el gato, al parecer sensible,
Pególe al macho un arañazo horrible;
Y herido entónces el sensible macho,
Tiró una cox y derribó al muchacho.

Es el mundo á mi ver una cadena,
Do rodando la bola,
El mal que hacemos en cabeza agena,
Refluye en nuestro mal por carambola.

Lástima es que en esta fábula haya la impropiedad de hacer rodar una bola en una cadena. Verdad es que el autor incurre con alguna frecuencia en estos defectos, y no es tampoco de los que mas respetan las reglas de la gramática. Pero al cabo, es uno de los mejores poetas contemporáneos, y á hombres que tienen este mérito se les puede consentir de cuando en cuando las licencias que otros no saben disculpar con ninguna dote recomendable.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

Paris ha recobrado ya su fisonomía ordinaria; los espléndidos edificios de la fiesta imperial están recibiendo á estas horas el último martillazo; los titiriteros, los cafés ambulantes, toda esa hilera de tiendas improvisadas que se extiende en los dias solemnes desde la plaza de la Concordia hasta el Arco de Triunfo, camina diseminada hácia otras ferias, por todo el territorio de la Francia: los caminos de hierro han vuelto á los provincianos á sus rincones, y ya están á punto de olvidarse las iluminaciones, las regatas y los espectáculos gráti. No nos quejemos de ello; Paris en los dias de fiesta, lo mismo que en los dias de revolucion, es una ciudad invadida por gente extraña, que el verdadero parisiense contempla atónito á una distancia respetable.

Pero sin hablar aquí de estas fiestas por la razon de que en otro lugar de este mismo número hallarán su descripción nuestros lectores, pasaremos á nuestra crónica semanal, pobre por cierto en acontecimientos como todas las de la estacion que atravesamos.

Paris sigue viajando y bañándose en el extranjero, por cuyo motivo no extrañarán nuestros lectores que busquemos hoy el alimento de nuestra revista parisiense traspasando la frontera francesa.

He aquí, pues, una historia que hallamos en una correspondencia de Baden, uno de los puntos céntricos de la elegancia y de la moda :

Fernando N..., jóven muy conocido en los altos círculos de Paris, desapareció el año último, sin saber cómo. Fernando sa-

pló de la capital á principios del verano en busca de aventuras. Visto en los establecimientos de baños de mas fama á las orillas del Rhin, donde llevaba su vida acostumbrada, pero cuando los frios precursores del otoño obligaban al mundo elegante á retirarse á sus cuarteles de invierno, Fernando no se contaba entre los que volvieron.

En vano se le buscó por todos los salones; su ausencia dió lugar á una multitud de comentarios, y durante algun tiempo se habló de él con un interés vivo y curioso. Todo el mundo deploraba su pérdida. ¡Fernando era tan amable y brillaba tanto en todas las diversiones! Además, ¡era tan generoso y tan pródigo; habia sabido disipar con tanta gracia su patrimonio y la herencia de su tio! ¿En qué habia venido á parar aquel héroe arrebatado de súbito al teatro de sus hazañas y de su gloria?

El enigma permaneció impenetrable, y á falta de una razon mejor, se explicó su ausencia por la muerte.

La oracion fúnebre de Fernando se pronunció en las alegres cenas del carnaval, en medio del estrépito del champaña.

— Habia vivido mucho en poco tiempo, dijeron los oradores; se hallaba próximo á una ruina completa; ¿qué podia hacer mejor que abandonar el mundo?

— Como los grandes hombres favorecidos por el destino, ha muerto á propósito, decian otros.

Despues de estos postreros homenajes rendidos á la memoria del difunto, nadie volvió á ocuparse de él; su puesto se declaró vacante; sus viudas se casaron, y sus antiguos amigos apénas conservaban de él un recuerdo vago y confuso.

Paris es una tierra donde se olvida bien y pronto.

Solo sus acreedores no podian consolarse de su pérdida, lo que prueba hasta cierto punto, que no hay cosa mas sensible en el mundo que el dinero.

Hace pocos dias, dos elegantes parisienses, que habian sido íntimos amigos del difunto Fernando, paseándose en Baden, descubrieron en medio de un grupo de bebedores de cerveza, un mozo fresco, sonrosado y mofletudo que fumaba con cachaza tabaco de Hamburgo en una hermosa pipa de porcelana, y que hablaba con sus compañeros la lengua de Goethe.

— ¡Qué cosa tan rara! dijo uno de ellos. Mira como se parece ese grueso alemán á nuestro pobre amigo Fernando.

— ¿Qué estás diciendo? ¡Fernando que era tan pálido, tan esbelto y gracioso! Es una injuria compararle con ese carretero... y sin embargo juraria que hay algo.

— No puede parecerse mas; es él mismo, solo que está mas gordo. Pero nos mira, nos reconoce...

En efecto, el bebedor de quien hablaban, llamó á los dos amigos por sus nombres, se levantó y se fué hácia ellos con esa calma que manifiestan los alemanes en sus momentos de entusiasmo.

— ¿Con qué eres tú?...

Él era; el esbelto, el elegante Fernando se habia transformado en un aldeano robusto y vigoroso.

Un instante despues del reconocimiento, los tres jóvenes se hallaban sentados á una mesa, y Fernando contaba su historia en estos términos:

Atravesé el Rhin por primera vez el año último; pero el acaso ó las circunstancias me habian arrastrado á otras riberas en mis precedentes correrías de verano. Así fué que no conocia sino de nombre Baden, Ems ni Wisbaden, y queriendo llenar este vacío, me propuse en la primavera venir á este lugar, resolucion en que hubo de afianzarme un suceso bastante extraño.

Ya sabeis que en el pasado invierno estuvo muy á la moda el somnambulismo. Yo tuve la flaqueza de creer en esta ciencia oculta, y una somnábula me anunció que me esperaba una crecida fortuna en Alemania, prediccion que no podia venir mas á propósito, pues estaba agotando ya mis últimos recursos. Partí, pues, lleno de esperanzas, con lo poco que pude reunir, y viajé como un príncipe.

El oráculo no habia querido indicarme si mi fortuna estaba en el juego, pero esta prueba me fué contraria: el verano se iba pasando, y yo perdía lo que jugaba.

Visité todos los baños de las orillas del Rhin, y al cabo me detuve en el punto donde me imaginé que debía cumplirse el oráculo. Desplegué un lujo sorprendente; fuí á vivir á la primera fonda, compré caballos, dí comidas, en una palabra, hice cuanto podia para recibir dignamente á la fortuna que esperaba. El comercio me habia honrado con una confianza sin límites, pues en todas partes me fiaban, y hasta encontraba dinero hipotecado sobre mi buena estrella, de modo que á poco tiempo tuve aquí tantos acreedores como en mi cara patria.

Entónces principiaron á flaquecer mis ilusiones en presencia de una posicion de las mas críticas. Cuando hablé de marcharme, la falange de ingleses se opuso en masa; en vano propuse transacciones; ellos me declararon que no saldria de aquellas tierras hasta despues de haber pagado el último ochavo. Aquellas buenas gentes querian conservarme en prenda, suponiendo que mi familia me vendria en ayuda.

Quedé, pues, prisionero en sus garras, situacion que en el primer momento me pareció ridícula é insoportable; pero ¿cómo salir de ella? Me hallaba vigilado rigurosamente, de modo que tan imposible me era pagar como burlar la suspicacia de mis guardas. En Paris habia sabido hallar dinero, pero á la condicion de estar presente, pues por cartas no se logra nada.

Cuando ví que se marchaban los últimos forasteros, sentí lo que experimenta un marino que, abandonado en una isla desierta, ve como se aleja su buque á velas desplegadas.

Pero sin embargo, no duró mucho mi abatimiento: como me hallaba en el país de la filosofia, no me fué muy difícil resignarme. Por otra parte, era lo mejor que podia hacer, y luego, bien considerado, la posicion que tanto me asustó en un principio, me pareció que podia ser tan ventajosa como era extraordinaria.

En Paris tenia mil quebraderos de cabeza; aquí vivia en una paz octaviana, porque mis acreedores alemanes se daban por contentos con tal de que permaneciese á su lado. El invierno parisiense me habria lanzado de nuevo en el torbellino de diver-

siones que tanto cansan; aquí mi quebrantada salud debia restablecerse en el reposo absoluto en que me hallaba. Por otra parte en mi soledad podia ocuparme en cosas útiles para mi porvenir, como en aprender el alemán y componer un drama, porque siempre habia pensado en buscar un recurso en la literatura, cuando llegase la mala fortuna. Me guardaban de cerca, es verdad, pero tambien debo decir que me trataban con todas las consideraciones debidas á un preso distinguido. En último resultado, mi nueva vida llegó á parecerse soportable, y despues tenia el mérito de la originalidad, lo que siempre constituye un encanto. Así pues, me reconcilié con mi posicion, y me arreglé lo mejor que pude para pasar mi vida cómodamente.

En este estado se hallaban las cosas, cuando recibí una esquila de convite para asistir á un baile.

— ¿Un baile aquí? pregunté á mi posadero.

— ¿Os sorprende?

— Mucho.

— Pues habeis de saber que tambien nosotros bailamos.

En efecto, la ciudad habia tomado una fisonomia enteramente nueva. Los habitantes que habian desaparecido durante el estío para ceder su puesto á los extranjeros, volvian á hacerse dueños de sus moradas. Enriquecidos con las ganancias del estío, gastaban su fortuna alegremente, y seguian con ardor el buen ejemplo que les habia dado el mundo elegante. Saraos, bailes, conciertos y festines, todo esto se sucedia sin interrupcion entre los fondistas, los comerciantes, los hacendados y los nobles de la comarca.

Yo asistia á todas las reuniones, y confieso que jamás me he divertido tanto; la prueba es que ni una sola vez se me ocurrió la idea de escaparme, y aun confieso que si me hubiesen devuelto mi libertad, no la habria aceptado, sobre todo despues que encontré en la mas brillante de esas fiestas á una preciosa jóven, hija de un rico comerciante establecido en la ciudad próxima. En cuanto la ví en el baile, me sentí atraído hácia ella por un encanto irresistible, y en cuanto la traté, la quise con todas las fuerzas de mi alma. ¡Era una jóven tan diferente de nuestras jóvenes de Paris! una rubia alemana, sencilla, natural, tímida y modesta, que ignoraba aun lo mas elemental de la coqueteria.

Ella me dió á conocer que mi amor no la era indiferente, y yo no esperé á saber que era rica para amarla. Nuestro mutuo cariño se fué haciendo mas profundo de dia en dia; en fin, fué aquello una novela muy larga de contar con sus pormenores, y que se acabó como la mayor parte de las novelas y comedias, por una boda. Lo que si os diré, dejando aparte toda poesia, es que la dote era considerable; mi mujer me ha enriquecido, y así se ha realizado para mí la prediccion de la somnábula, así he hallado en este país todo lo que esperaba, todos los beneficios que me prometiera; he pasado un invierno magnífico; he aprendido el alemán (¡horrible trabajo!); he recobrado la salud, una salud sólida, perfecta, como estais viendo, una salud que hace que aun mis mejores amigos me desconozcan; por último, he hecho fortuna, y en la semana última, he enviado fondos á Paris para saldar mis cuentas con mis antiguos acreedores, pues los modernos, esto es, los acreedores alemanes, ya debeis suponer que han sido satisfechos ántes.

Aquí se acaba la historia de Fernando, contada por él mismo á dos de sus amigos. En Paris se ha recibido con alegría la noticia de que el difunto héroe está tan bueno, y los acreedores se habrán regocijado ya á estas horas de su resurreccion, porque habrán recibido pruebas nada equívocas de su existencia.

Pero Paris no volverá ya á verle. Fernando se ha hecho indiferente hácia su patria; en el día es alemán y nada mas, y conoce que ya no figuraria dignamente en el teatro de sus antiguos triunfos. El recién casado prefiere al arillo y á los estrepitosos placeres de la vida parisiense, las dulzuras de su existencia pacífica y sentimental; todos los bienes le han venido á un tiempo.

Concluyamos con una anecdota curiosa.

Hace tres dias un anciano, en cama desde hace mucho tiempo, sintiendo que su fin se aproximaba, quiso dictar á un escribano sus últimas voluntades.

En efecto, llegan dos escribas, y mandan llamar á seis testigos, á saber: el portero, el zapatero de la tienda de enfrente, el peluquero, el vidriero y el sastre de abajo, total cinco; el sexto fué un caballero que pasaba por la calle.

El moribundo dicta; era rico y carecia de herederos directos; sin embargo, todos los colaterales eran tratados generosamente.

Concluido el testamento, firma el moribundo y luego los testigos, que van desfilando uno á uno por la cabecera de la cama. El anciano al ver pasar el testigo enganchado en la calle, alza sus ojos apagados, y le dice:

— Caballero... disimule Vd... pero...

El otro se detiene, y vuelve sobre sus pasos.

— Creo haber tenido el honor... de ver en otra parte... esa fisonomia...

— Puede ser, pero yo no me acuerdo.

— Pues yo sí; fué este invierno... en el Teatro Francés...

Rachel representaba *Phèdre*...

— En efecto, allí estaba yo aquella noche.

— Yo estaba ya muy malo, pero no queria perder una funcion tan buena. Ahora bien, como ya no habia puesto ninguno, me contenté con un banquillo... á la puerta de un corredor... Vd. tenia una hermosa luneta al abrigo del aire, y viéndome á mí, pobre anciano, á la intemperie, y expuesto á los pisotones de la gente, me obligó Vd...

— No hice mas de lo que debia, caballero.

— A sentarme en una buena luneta en cambio de mi banquillo, fué un acto de humanidad, caballero...

— No tanto, señor mio.

— ¡Oh! sí; en el día, todo el mundo es egoista y grosero...

Cada cual no piensa mas que en sí, y las canas no merecen ya ningun respeto á los mozalvetes. Caballero, puesto que la casualidad le ha permitido á Vd. el que me haga un segundo... un último servicio, quiero dejar á Vd. una prueba de mi agradecimiento.

Y haciendo una señal al escribano que estaba mas cerca, el moribundo le dijo dos palabras al oido; al punto se añadió una linea al testamento con los requisitos que se usan en tales casos; testigos y escribanos se marcharon, y al dia siguiente espiró aquel viejo singular, que, por añadidura, habia dejado ocho mil duros al sugeto que le cedió su puesto en el teatro. Esto es para que crea la gente que *la virtud siempre es recompensada!*

MARIANO URRABIETA.

28 de agosto de 1853.

¡POBRE MADRID!

Yo, pobrecito Madrid,
Que me ví por el invierno
Lleno de bailes y lodos,
De tertulias y de necios,

De buena gana llorara;
Mas ¡ay! que no puedo hacerlo:
Mis lágrimas son de noria;
Pero todas me las bebo.

A verme vino el verano,
Y al subirse sobre cero
Dejó mis casas vacías,
Y mis calles como yermos.

Él apuró de mis fuentes
Los pilones medio llenos,
Y donde ántes hubo linfas
Despues muchachos corrieron.

Por él robaron mis joyas
Villas, ciudades y pueblos;
Por él los vestí con ellas
Y los dí encima dinero.

Mis doncellas melindrosas,
Seguidas del sexo feo,
A bañar van en los mares
Su enciclopedia de nervios.

Otros respiran en tanto
Los céfiros del desierto
En las fértiles llanuras
Del Maldemoro y Pozuelo.

Otros tragan como gloria
Aguas de azufre y de hierro,
Y vuelven, si no curados,
Penitentes á lo ménos.

Y todos hallan placeres,
Simpatías y consuelo,
En copiar la alegre vida
De los godos y los suevos.

Que hay quien deja el blando coche
Por trepar por vericuetos,
Los banquetes por el hambre,
Las charangas por cencerros.

Volved pues, hijos ingratos,
Habitantes forasteros;
Nuevos goces os preparo:
Volved á alegrar mi seno.

Y tú, sucesor de agosto,
Mes de polvo y trastos viejos,
Derrama por las provincias
Las regaderas del cielo.

Verás cómo empaquetados,
Entre tumbos y entre vuelcos,
A contarnos muchas cosas
Volverán los que se fueron.

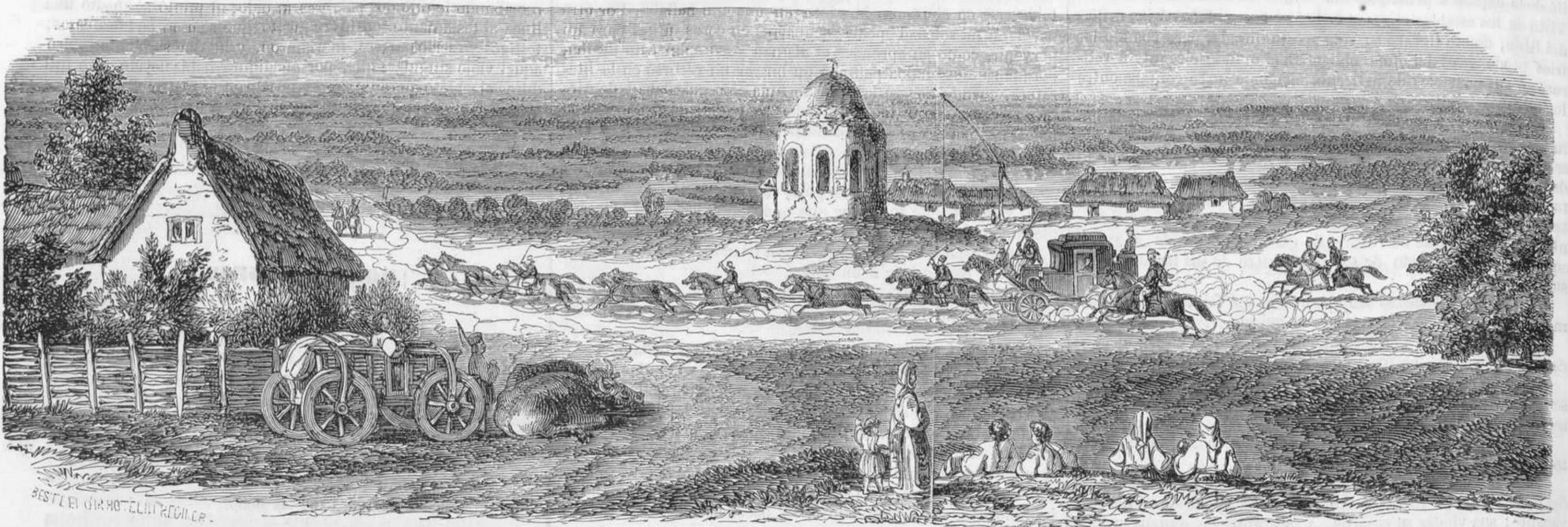
JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

EL ALBUM DE LA MOLDO-VALAQUIA.

Artículo sexto.

CZERNAVODA Y KUSTENDJÉ.

A medida que progresan y se desarrollan las interesantes poblaciones que habitan las orillas del Danubio, este rio va siendo una de las lineas de comunicacion mas importantes de Europa. Ya en 1815 se estableció en los tratados de Viena el principio de la libre navegacion del Danubio, de lo que resultaron concesiones á los rusos algo alarmantes para el Austria, que en 1841 obligó al gabinete de San Petersburgo á limpiar el paso del *Sulinah*, y á conservar siempre la profundidad de nueve piés para la entrada de los navios. Y bien, ¿se creará lo que vamos á decir? Apesar de todos los tratados, los rusos han abusado cada vez mas de su protectorado, construyendo obras, y aprovechándose de materiales



Un cónsul-general extranjero de viaje. — Posta de Kalougareni.

que no les pertenecen. Además, los súbditos del emperador Nicolás ejercen su protección arrojando por la noche piedras y costales de arena en el paso de *Sulinah* para detener la marcha de los buques é impedir la concurrencia que los granos del Danubio pudieran hacerles en Odesa y en el mar de Azoff. Los cónsules se han quejado varias veces, pero nadie les escucha.

Hace algunos años que el gabinete de Viena, no encontrando ningun apoyo en las otras potencias europeas, y queriendo sin embargo poner un coto á las demasias de la Rusia, tomó el partido de hacer desembarcar á los viajeros en la costa de Bulgaria, en la orilla de *Czernavoda*, conduciéndolos en diligencia hasta el puerto turco de *Kustendjé*, sobre el mar Negro.

Este servicio, aunque bien organizado, duró poco tiempo, pues los rusos trabajaron por destruirlo, convencidos del daño que les causaba. Pocos son, sin embargo, los viajeros que han seguido este itinerario, el cual á la ventaja de que ofrece de evitar los peligros é incomodidades del paso de *Sulinah*, añadia la de dejar en el alma muy agradables impresiones. Los picos de las sierras indican que por allí han pasado y acampado con mucha frecuencia las legiones romanas; un principio de canal, atribuido á Trajano y algunos fragmentos

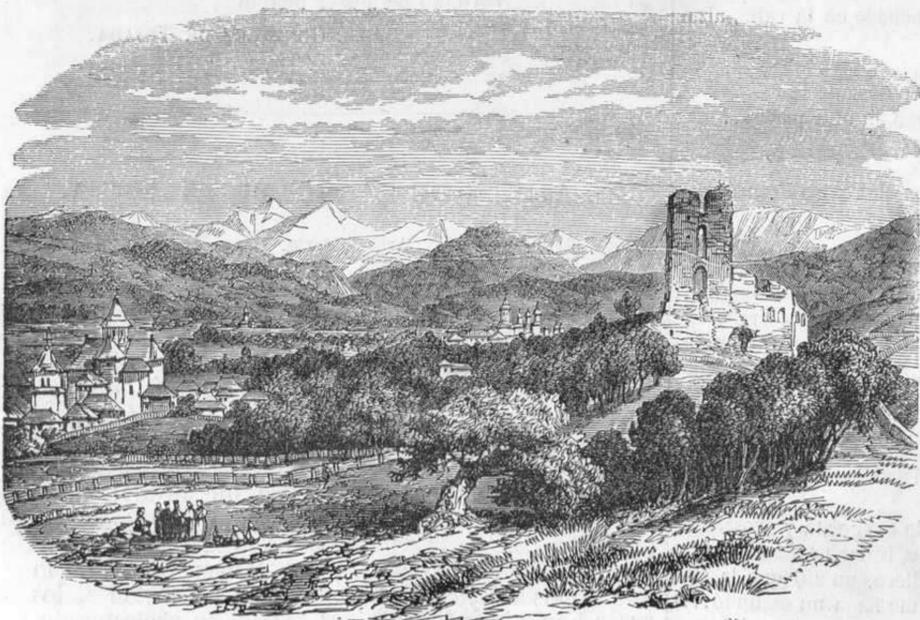


Señoras valacas con trajes orientales.

de edificios antiguos corroboran la idea de que el dia siguiente de la derrota del rey Decébaló, Roma empezó el camino que desde la Dacia podia conducirlo por el puente Euxino á Bizancio. Algunas veces se ha tratado posteriormente de realizar este pensamiento por medio de un canal abierto entre *Czernavoda* y el mar Negro para evitar los inconvenientes del paso de *Sulinah*; pero esto no ha pasado de proyecto...

IBRAILA.

Los turcos dan á los principados de Moldavia y de Valaquia el nombre de « graneros de Constantinopla, » tal es la bondad de sus tierras. El primero de dichos principados tiene para su exportacion el puerto de *Ibraila*, y el segundo el de *Galatz*. Estos dos puertos, que apenas distan entre sí unas cuatro leguas, están separados por un importante rio llamado el *Sereth*, que arrastra en su corriente todas las maderas de construccion de que los bosques de Moldavia surten á Constantinopla. Por lo demás, nada podemos decir de la ciudad de *Ibraila* que no convenga sobre poco mas ó ménos á las demás poblaciones de los principados del Danubio tanto en el carácter y costumbres de sus habitantes cuanto en la forma de sus edificios.



Ruinas de la iglesia católica de Argisch e a pequeña Valaquia.



Castillo de Dihrestein, cárcel de Ricardo, Corazon de Leon.

IGLESIAS CATÓLICAS.

La Francia, conforme al texto de las capitulaciones de Francisco I, renovadas por Enrique IV, Luis XIV y Luis XV, protegía el catolicismo en todos los estados del Gran Señor. Posteriormente ocurrieron serias difi-



Czerny Jorge, ó Jorge el Negro, hospodar de Servia.

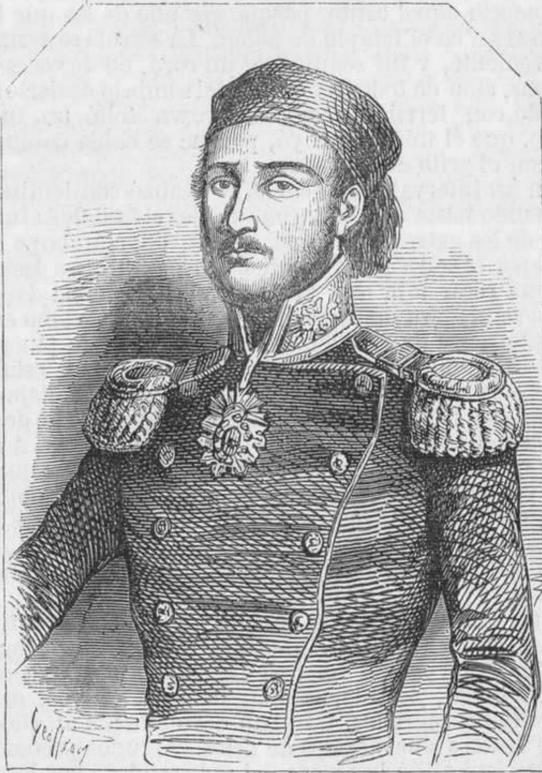
cultades nacidas de los calendarios Juliano y Gregoriano, por las cuales la diócesis de Nicópolis amenazó separarse de la iglesia romana, lo que el papa impidió por un breve en el cual autorizaba á los católicos moldo-valacos á celebrar las fiestas de la cristiandad en los mismos días que los cristianos ortodoxos, es decir, catorce días mas tarde que en los demás pueblos católicos. Este acto de la política del papa evitó que los campesinos poco ilustrados desertasen de la iglesia romana para incorporarse en la griega, pero la Francia creyó ver en él un cisma, y declinó el honor de su protección de la religion católica en la Moldo-Valaquia, que desde entónces se concedió al Austria.

De esta situacion de las cosas resultó hace pocos años otro singular incidente. Parece que los obreros franceses de que ya hemos hablado en otro artículo, tenían la costumbre de dar algunas limosnas á la caja, llamada « De la propagacion de la fé, » con cuyas limosnas, que llegaron á constituir una suma respetable, decidió Roma que se protegiese al catolicismo en el obispado de Nicópolis. Entónces Monseñor Molajoni, de acuerdo con el representante del Austria, hizo construir una iglesia con la cantidad recogida, y en efecto la basilica se ha levantado con el dinero dado por esos obreros que en Viena son tachados de irreligiosos, para que se vea que no siempre son justas las acusa-

ciones dirigidas á toda una clase, y mucho ménos á todo un pueblo.

KALUJANERI. — LAS PUERTAS DE HIERRO. — LOS CASTILLOS DEL DANUBIO. — BELGRADO.

Continuemos nuestro papel de viajeros. El primer punto interesante que hallamos, saliendo de Bucharest, es *Kalujaneri*, teatro célebre de una de las mas grandes batallas que los valacos han dado á los turcos. El monumento que apenas hemos tenido tiempo de percibir en el horizonte, por efecto de la velocidad con que los zagales del país nos han hecho caminar, es el que hizo levantar Miguel el Bravo, uno de los primeros guerreros de aquel país, que quiso perpetuar la memoria del



triunfo conseguido por los cristianos sobre los musulmanes.

Kalujaneri es el punto por donde pasaron diez y siete veces los terribles enviados de Constantinopla que iban á ejecutar las crueles sentencias pronunciadas contra los principes fanariotas de que ya hemos hablado. ¡Cómo



La princesa María Bibesko.

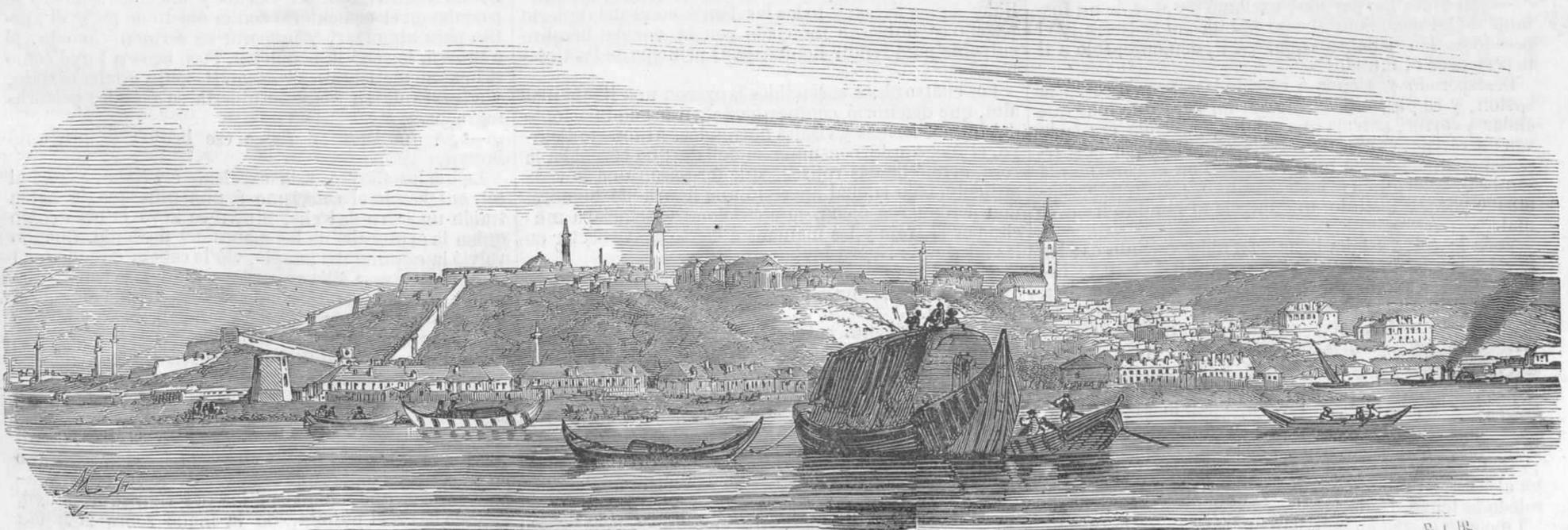
han cambiado los tiempos! Este mismo pueblo que tanto combatió contra los turcos, espera su libertad de Constantinopla, oprimido como está por el protectorado de la Rusia.

Pronto llegamos á las márgenes del Danubio, donde admiramos muchas bellezas del arte y de la creacion: antigüedades romanas, viejas ciudadelas de la edad media, estrechos desfiladeros del rio, que bajo el nombre de *Puertas de Hierro*, formaron en otro tiempo los turcos por medio de enormes cadenas, todo se desenvuelve á nuestros ojos, cuando un antiguo castillo se nos interpone como para detener por algunos instantes nuestra precipitada marcha. ¡En aquel castillo estuvo mucho tiempo prisionero el famoso rey Ricardo, Corazon de Leon!.. Nos separamos, en fin, de aquella morada que tiene para despertar la curiosidad tan notable recuerdo histórico, y no tardamos en hallarnos á las puertas de Belgrado. Confieso francamente que, en mi calidad de viajero pintoresco, yo hubiera pasado por esta ciudad, como por otra cualquiera, si uno de los compañeros de viaje no me hubiera llamado la atencion acerca de las localidades que teniamos á la vista. Este hombre me hizo una larga y elocuente disertacion política que no quiero reproducir, consecuente con el deber que nos hemos impuesto al emprender esta publicacion.

El discurso de mi compañero de viaje, cuando



Retrato y *thougra* (firma) del sultan Abd-ul-Medjid-Khan.



La ciudad de Belgrado en Servia.

oímos un gran ruido á bordo de un buque en que se hallaban muchos cristianos y turcos... El caso fué, que un musulman de alto rango, que se habia embarcado con sesenta de sus mujeres y los guardias de su serrallo, acababa de sorprender á cierto pasajero haciendo señas por entre las cortinas, á alguna de dichas mujeres. Notar esta infraccion de la ley, y querer castigarla con la muerte del cristiano, fué obra de un momento. Yo me acerqué corriendo al mahometano, y tuve la fortuna de calmar su cólera, de modo, que el orden se restableció inmediatamente. Dos horas habrian pasado despues de esta escena terrible, cuando un jóven turco que parecia tambien haber tomado con interés el papel de conciliador, se llegó á mí diciéndome con el acento mas tierno que ustedes pueden figurarse: «Caballero; yo soy uno de los *kiatibs* (caligrafos) mas estimados por sus obras en Constantinopla; el verdadero creyente, cuyo resentimiento habeis tenido la honra de apaciguar, es mi padre. Aceptad este pequeño recuerdo como testimonio de mi eterno reconocimiento hácia vos.» Y diciendo esto, me puso en la mano un espeso papel de Venecia, en el cual descubrí elegantes caracteres turcos que parecian destacarse en relieve sobre el mármol mas puro de Paris. No diré por ahora mas, sino que hay tal vez alguna razon para que un dia, con el desarrollo de otros hechos, este dibujo interese al público...

Se asegura que dicho papel contiene el nombre del autor de este álbum, á que hemos creído conveniente dar fin en este artículo para facilitar á nuestros lectores en los números siguientes el placer que estriba mucho en la variedad.

P. B.

Una noche de Aquelarre.

NOVELA AMERICANA DE NATHANIEL HAWTHORNE.

(Conclusion.)

Mientras que Brown tenia los ojos vueltos al cielo, y las manos extendidas en actitud suplicante, á pesar de que no hacia viento alguno, una nube cruzó rápidamente el zénit, y cubrió las estrellas centelleantes. El cielo estaba por todas partes claro, excepto encima de la cabeza del jóven, por donde se deslizaba esta negra nube en direccion del Norte. De repente se oyó en los aires un ruido confuso de voces, como si salieran de entre la nube. Brown llegó á creer que hasta reconocia las de algunos de sus conciudadanos, hombres y mujeres, piadosos é impíos, que habia encontrado en la mesa santa, ó que habia visto bebiendo y cantando en la taberna. Pero estas voces eran tan poco distintas, que un momento despues comenzaba á dudar si habia oído mas murmullo que el de la antigua selva, aunque no movía su follaje la menor ráfaga de viento. En seguida pareció que se juntaban aquellos sonidos familiares que habia oído todos los dias en Salem, pero nunca de noche, saliendo de una nube. Habia entre otras una voz de mujer jóven que se lamenta con quejido dudoso, y que implora un favor que quizás sentiria conseguir. Y toda la invisible multitud, santos y pecadores, parecia que la excitaban á venir.

— ¡Fides! exclamó Brown con voz llena de angustia y desesperacion; y los ecos del bosque se burlaron de él repitiendo: ¡Fides, Fides! como si gentes esparcidas por el desierto la buscaran por todas partes.

En tanto que este llamamiento de dolor, de rabia y de terror, quebrantaba el silencio de la noche, el desdichado marido contenia su aliento, aguardando una respuesta. Oyó un grito, perdido al punto entre un ruidoso murmullo de voz, que se convirtió en lejanas risotadas cuando desapareció la nube, dejando el cielo puro y sereno sobre la cabeza de Brown. Pero alguna cosa bajó haciendo ligeros remolinos en los aires, y vino á pararse en las ramas de un árbol. El jóven se apoderó de ella. Era una cinta de color de rosa.

— ¡Mi Fides ha partido! exclamó despues de un instante de estupor. Solo el mal habita en la tierra, y el pecado es una palabra vana. ¡A tí, demonio, solo á tí te pertenece el mundo!

Desesperado y riendo á carcajadas, Brown cogió su baston, y se puso en camino con tal paso, que mas que andar y correr, parecia que volaba. La senda era cada vez mas triste, confusa y salvaje. Concluyó por borrar-se del todo, dejando á nuestro amigo en el corazon del sombrío desierto, en el cual continuó penetrando, conducido por el instinto que impele al hombre hácia el mal.

Toda la selva estaba llena de ruidos espantosos; los árboles crujian, las bestias feroces ahullaban, y los indios gritaban; tan pronto el viento sonaba como la campana de una iglesia distante, tan pronto mugia al rededor del viajero con un ruido semejante al de la naturaleza exterior burlándose de él. Pero él mismo era el principal horror de esta escena, y no le asustaban los otros horrores.

— ¡Ha, ha, ha! rujia Brown, cuando el viento se burlaba de él. ¡Verémos quién se rie mas fuerte! No penseis en asustarme con todas vuestras brujerías. ¡Vengan hechiceros, magos, powows indios! ¡qué venga el mismo diablo, aquí estoy yo, Brown! ¡Tan poco miedo os tengo, como vosotros á mí!

Lo cierto es que en toda aquella inmensa selva habitada, no podia haber nada mas horrible que la figura

de Brown. Cruzaba por entre los pinos negros, blandiendo su baston con gestos frenéticos, ya cediendo á la inspiracion de alguna horrible blasfemia, ya soltando tales carcajadas, que los ecos de la selva, repitiéndolos al rededor suyo, parecian las voces de otros tantos demonios. El diablo es ménos repugnante bajo su propia forma que cuando se apodera del corazon del hombre.

El endemoniado prosiguió su carrera hasta que apercibió delante de él, vacilando entre los árboles, una claridad rojiza, semejante á aquellas llamas que á media noche se lanzan lúgubrememente hácia el cielo, de en medio de innumerables troncos de árboles, cortados en un desmonte.

Detúvose entónces en un momento de calma de la tempestad que lo habia impelido hasta allí, y oyó rodar solemnemente en lontananza los acordes acentos de lo que parecia un himno cantado por muchas voces. Él conocia aquel canto, porque era uno de los que mas se usaban en el templo de Salem. La estrofa se terminó gravemente, y fué seguida de un coro, no de voces humanas, sino de todos los ruidos del sombrío desierto trocando con terrible armonía. Brown soltó un fuerte grito, que él mismo no oyó, porque se habia confundido con el grito del desierto.

En un intervalo de silencio, se avanzó con lentitud y sin ruido hasta que hallaron sus ojos el foco de la luz. Á uno de los extremos de una especie de claraboya cercada por la selva como de un sombrío muro, se destacaba una roca, á la que la naturaleza le habia dado la tosca semejanza de un púlpito ó un altar, y como en el templo, para la oracion de la noche, cuatro pinos ardiendo por la cima, é intactos por los troncos, estaban colocados en los cuatro ángulos. La masa de follaje que dominaba la roca estaba ardiendo, y el incendio derramaba sobre la claraboya una claridad fantástica. A medida que las llamas crecian ó menguaban, una numerosa congregacion aparecia ó se ocultaba en la sombra, para reaparecer de nuevo, y poblar súbitamente los rincones del bosque.

— ¡Grave sociedad, toda vestida de negro! dijo Brown.

Y así era verdad. En aquella multitud alternativamente envuelta entre tinieblas, ó iluminada, habia personas que podian verse al dia siguiente en el consejo provincial, y otras, que en los dias festivos, desde los púlpitos sagrados, miraban devotamente al cielo y á los bancos guarnecidos de fieles. Algunos pretenden haber visto allí á la esposa del gobernador. Por lo ménos habia señoras que esta conocia muy bien, mujeres de honrados maridos, una multitud de viudas y solteras que temian ser espías por sus madres. Tal vez la claridad repentiná que sucedió á la oscuridad deslumbró á Brown, pero el hecho es que reconoció á una veintena de miembros de Salem, los mas notables por su santidad. El buen diácono Gookin estaba á espaldas de su santo y venerable pastor. En compañía de aquellos graves y piadosos personajes, de aquellas castas señoras y tiernas doncellas, habia hombres de costumbres relajadas, mujeres deshonestas, miserables entregados á la mas vil corrupcion, quizás manchados con crímenes horribles. ¡Cosa singular! los buenos no se apartaban de los malos, y los pecadores no se avergonzaban en presencia de los santos.

Por uno y otro lado, en medio de sus enemigos, se veia á los sacerdotes, ó powows indios, que habian aterrado con frecuencia sus selvas con encantamientos mas repugnantes que cuantos conocian los magos de Inglaterra.

— ¡Pero dónde está Fides? pensó Brown, temblando apenas renacia la esperanza en su corazon.

Otra estrofa del himno fué comenzada en tono triste y grave, como gusta á las gentes piadosas; pero las palabras eran obscenas y horribles. El simple mortal no puede sonar la ciencia de los demonios. Las estrofas continuaban, y despues de cada una de ellas, mugia el coro del desierto, semejante al sonido lúgubre de un órgano inmenso. Y con la última nota de este terrible cántico se sintió un espantoso ruido, como si el bramador de los vientos, el estruendo de los torrentes, los ahullidos de las fieras, y todas las demás voces del desierto pagano se hubieran mezclado con la voz del hombre culpable para rendir homenaje al príncipe de las tinieblas.

Los cuatro pinos encendidos lanzaron una llama mas alta, que descubrió confusamente, en las ondulaciones del humo, formas y visajes horribles. Al mismo tiempo, el fuego que consumia el follaje que coronaba la roca, arrojó llamas rojizas, que formaron una bóveda ardiente, bajo la cual apareció una figura de hombre. Con perdon sea dicho, la aparicion se asemejaba mucho por el traje y las maneras á cierto grave doctor de las iglesias de Nueva-Inglaterra.

— ¡Qué se presenten los convertidos! gritó una voz que atravesó la claraboya, y fué repetida por los ecos de la selva.

En este momento salió Brown de la sombra de los árboles, y se acercó á la congregacion, hácia la cual le inspiraba una repugnante simpatía la perversidad que abrigaba su corazon. Casi hubiera jurado que del seno de un torbellino de humo, la sombra de su difunto padre le mandaba avanzar, al paso que una mujer afligida le hacia signo para que retrocediera. ¡Aquella mujer era su madre?... Pero no pudo dar un paso hácia atrás, no tuvo ni pensamiento de resistir, cuando el ministro y el diácono lo cogieron del brazo, y lo llevaron delante de la roca ardiente. Al mismo sitio llegó igualmente la esbelta forma de una mujer velada con-

ducida en medio de la madre Cloyse, la piadosa catequista, y Marta Carrier, á quien el diablo habia prometido hacerla reina de los infiernos. ¡Famosa bruja!

Los dos prosélitos se hallaban bajo el dosel del fuego. — ¡Sed bienvenidos, hijos míos! dijo el hombre negro; sed bienvenidos á la comunión de vuestra raza. Jóvenes aun, habeis hallado el fin de vuestra naturaleza. ¡Hijos míos, mirad detrás de vosotros!

Se volvieron, y como en un fondo de llamas vieron á todos los adoradores del demonio. Una lúgubre sonrisa de bienvenida despuntaba sobre sus fisonomías.

— Aquí veis, repuso el hombre negro, á todos los que habeis honrado desde la infancia. Los habeis creído mas santos que vosotros, y os horrorizaba vuestro pecado, comparado con la rectitud de sus piadosas vidas. Y sin embargo, ¡vedlos aquí en la asamblea de mis adoradores! Esta noche conoceréis sus mas secretas acciones; sabréis las palabras obscenas que los ancianos de la iglesia han murmurado al oído de las jóvenes de sus casas; las bebidas emponzoñadas que han hecho tomar á sus maridos muchas mujeres, que codiciaban el traje de la viudez, no temiendo recibir en sus brazos al hombre que sabian que no podrian despertar. Veréis á los jóvenes imberbes que han anticipado la hora de heredar á sus padres; y las hermosas señoritas que han abierto sepulturas en sus jardines sin invitar á nadie mas que á mí á los funerales de un niño. Por la simpatía que existe entre todos los corazones humanos, amigos del pecado, recorreréis todos los lugares; — en la iglesia, en los dormitorios, en las calles y en el campo, — donde se haya cometido un crimen, y os estremeceréis de alegría viendo que toda la tierra está manchada de sangre. Mas todavía: descubriréis en todos los corazones los mas profundos misterios del pecado, y veréis que el corazon del hombre es la fuente de todas las perfidias, y que no cesa de formar deseos tan impíos, que todo mi poder no seria capaz de realizar... ¡Y ahora, hijos míos, mirad!

Ellos miraron, y á la claridad de las antorchas encendidas en el fuego infernal, el desgraciado Brown reconoció á su Fides, y esta á su marido, temblando los dos ante el altar sacrilego.

— Ya os veis reunidos, hijos míos, continuó el hombre negro con tono solemne, casi tan triste en su terrible desesperacion, como si su anterior naturaleza angélica pudiera aun horar la miseria de nuestra raza. Contando el uno con el corazon del otro, ¡creiais que la virtud no era un sueño! ¡Ya habeis recibido el desengaño! El mal es la naturaleza del hombre. En el mal solamente podeis hallar la felicidad.... ¡Otra vez mas, hijos míos, sed bienvenidos á la comunión de vuestra raza!

— ¡Sed bienvenidos! repitieron los adoradores del malo, con un grito de desesperacion y de triunfo.

Allí estaba la única pareja quizás de este sombrío universo, que vacilara todavía en los umbrales del mal. La naturaleza habia practicado un receptáculo en la roca. ¿Contenia agua, enrojecida por la lúgubre luz? ¿Era acaso sangre? ¿Tal vez llamas líquidas? El espíritu maligno metió en él la mano, y se preparó á hacer en ellos la señal del bautismo en sus frentes, á fin de que pudieran participar del misterio del pecado, y conocer, mejor que ántes, sus propias faltas, las acciones y los pensamientos culpables mas secretos de otro. El marido echó una mirada á su pálida compañera, y Fides á su marido. ¿Qué era lo que iba á revelarles su próxima ojeada, y qué manchas iban á ver en sí mismos?

— ¡Fides, Fides! exclamó Brown; levanta los ojos al cielo, y resiste al demonio.

No pudo saber si Fides obedeció. Apenas acabó de hablar, se halló solo en medio de la calma silenciosa de la noche, escuchando los mugidos del viento, que se apagaban en lontananza. Vaciló y tropezó en la roca, y sintió que estaba fria y húmeda; una rama pendiente que habia visto ardiendo, mojó su cara con un rocío helado.

Al dia siguiente por la mañana, entró despacio por la calle Mayor de Salem, mirando en torno suyo cómo un hombre extraviado. El bueno y anciano ministro se paseaba en el cementerio con el objeto de abrir el apetito para almorzar, y preparar su sermón. Cuando vió á Brown, le echó la bendicion. Pero Brown huyó como si lo anatematizaran. El diácono Gookin estaba orando, y á través de su ventana abierta se oian las palabras sagradas.

— ¿A qué Dios se dirige ese brujo? se preguntó Brown.

La madre Cloyse, esta excelente cristiana, estaba al sol, enseñando el catecismo á una niña que le habia traído un jarro de leche. Brown se llevó la niña como quien la arrancaba de las manos del demonio. Cuando volvió la esquina del templo, vió la cabeza de Fides con sus cintas de rosa. Ella aguardaba su regreso con inquietud, y fué tal su transporte de alegría cuando descubrió á su marido, que cruzó la calle dando brinco, y lo besó casi en presencia de todo el pueblo.

¿Se habia dormido Brown en la selva, y no habia estado en el conventículo mas que en sueños?

Como Vds. gusten. Pero ¡ay! el sueño le fué fatal. Desde aquella noche terrible, el jóven Brown se puso triste, pensativo, melancólico, y se hizo receloso. Cuando la congregacion cantaba el salmo los domingos, no podia escucharlo, porque resonaban en su oído palabras impías que ahogaban las del cántico religioso. Cuando desde el púlpito, con la mano sobre la Biblia abierta, hablaba el ministro con una elocuencia ardiente de las verdades consoladoras de nuestra religion, de

la vida santa y de la muerte triunfante, de la felicidad futura, ó la inefable desgracia, Brown palidecía y temía que se hundiera el techo con el ruido del trueno sobre el viejo blasfemo y su auditorio. Frecuentemente á media noche, despertándose sobresaltado, se separaba de los brazos de Fides; por la mañana y por la noche, cuando la familia estaba de rodillas orando, él fruncía el ceño, miraba severamente á su mujer, y se iba. Y después de haber vivido mucho tiempo, cuando su cadáver fué llevado al cementerio, acompañado por la anciana Fides, sus hijos y sus nietos, que formaban con los vecinos un numeroso cortejo, no se grabó sobre su sepulcro ninguna palabra de esperanza, porque la tristeza y la desesperación habían presidido á su última hora.

Palabras de una madre á su hija.

Justo es, hija mia, que estando pronta á aparecer en el mundo, te enseñe algunos principios que te fortifiquen contra un elemento tan desconocido y peligroso.

Ante todo lleva por delante de tus pasos la religion, y nutre tu corazon de los sentimientos que ella te inspire, sosteniéndolos por reflexiones y lecturas convenientes.

Nada hay mas preciso que conservar ese sentimiento que nos hace amar y esperar, que nos da un porvenir agradable, que hace iguales todos los tiempos, que asegura todos los deberes, que nos responde de nosotros mismos, y que nos garantiza respecto á los demás. ¿De qué recursos no te proveerá la religion contra las desgracias que te amenacen? Porque cierto número de desgracias te está destinado, ¡pobre niña!..... Un anciano decía « que se envolvía en el manto de la virtud; » envuélvete, pues, en el manto de la religion, y te servirá de arma poderosa contra las debilidades juveniles, así como de seguro puerto en edad mas avanzada.

Las mujeres que no han nutrido su espíritu sino de las máximas del siglo, caen en una sima insondable, avanzando en edad: el mundo las rechaza, y la razon las manda vivir oscurecidas: ¿á qué apoyo se arrimarán? Lo pasado nos llena de recuerdos, el presente de pesares, y el porvenir de numerosas dudas. Solo la religion lo calma todo, y nos consuela de todo. Unete, pues, á Dios, hija mia, pues él te reconciliará con el mundo y contigo misma.

Una jóven que entra en el mundo se forma la mas alta idea de la felicidad que le prepara; ella quiere llenarla y satisfacerla, y tal es el manantial de sus inquietudes. Corre en pos de la realizacion de su idea, esperando llegar á una dicha perfecta; y semejante trabajo la hace ligera, versátil é inconstante.

Muy vanos son los placeres del mundo: prometen mas que dan: con su recuerdo nos inquietan: su posesion nos satisface: su pérdida nos desespera.

Para fijar tus deseos, piensa en que no gozarás muchas horas de una felicidad sólida y durable. Los honores y las riquezas no pueden disfrutarse largo tiempo: basta el hábito de los placeres para hacerlos desaparecer. Antes de haberlos gustado, tú puedes pasarte sin ellos, en tanto que la posesion te hará necesario lo superfluo. ¡Es doloroso en verdad pasar de un estado bueno á otro peor; y sin embargo cuando el hábito es hecho, desvanece el sentimiento del placer!...

No nos creamos dichosos, hija mia, sino cuando sentimos que los placeres nacen del fondo de nuestra alma; « porque la verdadera felicidad consiste en la paz del alma, en la razon y en el cumplimiento de nuestros deberes. »

No son propias de las mujeres las virtudes que brillan; por el contrario, lo son aquellas virtudes simples y apacibles. Decía un anciano « que las grandes virtudes son para los hombres, no dando á las mujeres mejor mérito que el de vivir desconocidas. En efecto, creo que es bien, hija mia, que evites el mundo y sus pompas, porque atacan siempre al pudor, y que te contentes con ser la sola espectadora de tus hechos.

Las virtudes de las mujeres son enteramente meritorias, en razon á que la gloria no se las ayuda á practicar. Vivir en su casa, no arreglar otro negocio que el de su familia, ser simple, justa y modesta, son virtudes penosas porque permanecen ocultas. Es necesario tener un verdadero mérito para consentir en no buscar el brillo, y un valor inmenso para ser virtuosa tan solo á los propios ojos. La grandeza y la reputacion son los dos apoyos con que la debilidad se fortalece: todo afan tiende á distinguir y elevar á su autor; pero si el alma se reposa en la aprobacion pública, la verdadera gloria consiste en saber pasar sin ella. Así pues, no sea la gloria el motivo de tus acciones: haz bien sin que esperes la gloria ó el brillo por recompensa.

El fastidio molesta casi siempre á las jóvenes: como lo ignoran todo, corren con inquietud hacia los objetos sensibles: el fastidio es sin embargo el menor de los males que deben temer. Los goces excesivos no son compañeros de la virtud: todo vivo placer es peligroso.

Cuando contamos con un corazon sano, tenemos parte en todo lo bueno, y todo se vuelve felicidad en rededor nuestro: libre el alma de los sentimientos que seducen la imaginacion, ó que la exaltan con pasiones ardientes, la alegría es plácida y tranquila; y la virtud y la inocencia son las fuentes de que esa plácida alegría

se nutre: pero desde que uno se acostumbra á los placeres vivos, se hace insensible á los placeres moderados, y la práctica de la virtud es muy penosa.

Preciso es temer esas grandes contracciones y terribles agitaciones del ánimo que preparan el fastidio y el disgusto. « La templanza, » decía un antiguo, « es el mejor mantenedor del deleite: » con la templanza, que da salud al alma y al cuerpo, se disfruta siempre una alegría dulce é igual, sin necesidad de espectáculos ni gastos: la lectura, el trabajo ó una conversacion, producen alegrías mas puras que el aparato de los grandes placeres.

Finalmente, los inocentes gustos pueden adaptarse mejor al uso, siendo bienhechores y fáciles de disfrutar. Los otros placen, pero fastidian; alteran y gastan el temperamento humano, así como acaban por destruir su cuerpo.

Sé arreglada en todas tus acciones: algunos hay tan dichosos, que no tienen que temer jamás que les falte la fortuna, enteramente asegurada con fincas y propiedades inmensas. Pero tú, hija mia, solo puedes contar con una fortuna limitada, que te obliga á sujetarte á justos límites. Gasta, pues, con moderacion y economía: gasta con orden y cuenta: si así no lo hicieres, tiembla, porque el desorden de tus gastos te producirá la miseria.

El fausto es hermano de la ruina; y la ruina es inmediatamente seguida de la corrupcion de las costumbres; mas no por ser arreglada en tus gastos es menester que peques de avara: piensa que la avaricia da poco provecho, y deshonor mucha.

No seas económica sino con el pensamiento de no decaer, y de hacer con lo que te sobra el bien de tus semejantes que la amistad ó la caridad te inspiren.

Es el buen orden y no el celo por las riquezas lo que produce los grandes provechos. Plinio, remitiendo á su amigo la obligacion de una suma considerable que databa del tiempo de su padre, acompañándole un finiquito general, le decía: « Yo no soy rico y he menester seguramente de grandes economías; pero yo sé formar un capital de mi frugalidad, que me permite hacer en favor de mis amigos sacrificios como el que hoy te dispenso. »

No escuches las necesidades de la vanidad. « Es necesario ser como los demás: » tal es lo que dicen los necios. Que tu emulacion sea mas noble. No sufras que persona alguna sea mas honrada que tú: no permitas que te sobrepuje nadie en probidad y rectitud.

Siente pues la necesidad de la virtud: la pobreza de alma es mucho mas penosa que la pobreza de la fortuna.

Fiestas del 15 de Agosto.

Parece que el gobierno se ha empeñado en celebrar con esplendor la fiesta del 15 de agosto. Por lo general, estas funciones se preparan con solos ocho dias de anticipacion, pero esta vez han comenzado á hacerse en julio los preparativos para la iluminacion de la plaza de la Concordia y los Campos Eliseos. El *Monitor* ha dicho que el coste de esta magnífica fiesta ha costado 700,000 francos, pagados por iguales partes entre el estado y la ciudad. A 150,000 extranjeros ó provinciales se hace subir el número de concurrentes, y á juzgar por la muchedumbre que obstruía los sitios públicos, nos parece que el cálculo no se halla exagerado.

Las fiestas han comenzado el 14 con una revista que el Emperador ha pasado en los Campos Eliseos al ejército de Paris y las cercanías, á la numerosa caballería acuartelada en Versalles, y á la guardia nacional, componiendo un total de 120,000 hombres próximamente.

El Emperador llegó de Saint-Cloud á la una, precedido por la Emperatriz, é hizo su entrada en Paris por el Arco de Triunfo de la Estrella. La grande avenida de los Campos Eliseos estaba ocupada por la gendarmeria del Sena, la guardia de Paris, dos regimientos á caballo de carabineros, el 9.º y 10.º de coraceros; el 7.º y 12.º de dragones.

En el ángulo de la avenida y de la plaza de la Concordia estaban formados en batalla el 4.º, 7.º y 10.º de cazadores, y cinco escuadrones de guías.

Mas allá se desplegaban el 2.º y 6.º regimientos de húsares, y el 3.º de cazadores.

La caballería de la guardia nacional estaba formada á derecha é izquierda de la gran avenida, frente del palacio.

La de infantería guarnecía la plaza de la Concordia y el centro del jardin de Tullerías. Mas lejos, y en la misma direccion habia una brigada de reserva, los ingenieros, el batallon de Saint-Cyr, los bomberos y la guardia de Paris.

En el patio de Tullerías estaban formadas dos divisiones de infantería.

Después de haber pasado por delante de todas las tropas que se hallaban estacionadas en los puntos indicados y el Carrousel, Napoleon ha venido á situarse en el jardin de Tullerías para presenciar el desfile.

El que hubiera pasado por cerca de las Tullerías de dos á cuatro, hubiera creído que acababa de librarse alguna batalla, á juzgar por las nubes, que felizmente no eran de pólvora, sino de polvo levantado por las pisadas de los caballos, y acumulado por quince dias caniculares.

Gruesos nubarrones cargados de electricidad comenzaron á formarse, y á oscurecer el cielo, pero no impidieron que la multitud acudiera á los Campos Eliseos á contemplar los preparativos de la fiesta.

El 15 han reinado los mismos síntomas sombríos, pero por la noche, antes de los fuegos artificiales, la bóveda celeste se ha despejado, y la luna casi llena ha venido á luchar con los fuegos de Bengala, las candelas romanas y las iluminaciones.

El centro principal de la funcion presentaba en los dias 14 y 15 el aspecto siguiente:

Andamios inmensos, levantados en la plaza de la Concordia y los Campos Eliseos, hasta la fuente del *rond-point*, formaban 334 arcos apoyados por columnas, coronadas por un arquitrave y una cornisa colosal. A distancias iguales, esta línea de arcos estaba cortada por 26 pórticos mas elevados. En el centro de cada arco pendia una araña con cien luces.

El lienzo pintado no ha tomado parte en la fiesta, y en su lugar se ha puesto la madera dispuesta en arabescos, con la forma que acabamos de describir. Estos adornos estaban destinados á sostener la iluminacion de vasos de colores, y á reproducir por la noche las líneas arquitecturales de este morismo edificio. Detrás de la verja de Tullerías habia un arco de triunfo gigantesco, del mismo género.

En la fuente del *rond-point* se habia construido una esfera celeste, coronada por un águila con las alas extendidas. Las líneas de la esfera y del zodiaco, y los contornos del ave, debían destacarse por la noche, alumbrados por los vasos de color.

Desde este sitio, hasta el arco de triunfo, habia 350 postes con una cornisa que tenia cuatro órdenes de luces. Los postes estaban unidos entre sí por una triple guirnalda de vasos de color. Este mismo dibujo se reproducía en el interior de Tullerías, en el cual se habian puesto 140 postes. Lo restante del jardin debía ser iluminado con los mástiles tradicionales.

En el Arco de la Estrella se habia puesto la estrella de la Legion de honor.

Sesenta arañas grandes se habian añadido al alumbrado de los Campos Eliseos, comprendido entre los caballos de Marly y el *rond-point*.

Este vasto sistema de decoracion habia sido compuesto por M. Visconti. Los dibujos eran de MM. Galand y Manguin, arquitectos. El empresario era como siempre, el hábil M. Godillot, que habia ideado para la águila un nuevo método de alumbrado; pero no nos anticipemos al programa.

Conviene advertir, que á los dos lados de los Campos Eliseos se habian colocado ciento setenta tiendas, que contribuían con su variedad á amenizar la fiesta.

En fin, á los dos lados de la esfera celeste, se habian construido dos kioscos afiligranados, muy elegantes, dorados y cubiertos de flores naturales para recibir en su interior dos orquestas el dia 15 de agosto.

Entre tres y seis de la tarde han comenzado por todas partes los regocijos públicos, evoluciones, paradas, regatas en el Sena, etc.

Pero el principal tenia lugar en el Campo de Marte. A las 3, los artistas del Hipódromo ejecutaron la gran escena histórica *del champ du drap d'or*, con todo el aparato de trajes y armaduras que requiere. Cerca de cien personajes, entre ellos mas de sesenta montados sobre caballos cubiertos de hierro, han tomado parte en él. En seguida se ha ejecutado la funcion habitual del Hipódromo, el hombre de la bola, de la percha, los luchadores, etc., etc. Por último, la venerable madama Saqui, la célebre acróbata del primer imperio, ha ejecutado una ascension en la cuerda tirante, mientras que M. Godard subía en su globo, y ofrecía á los espectadores una bajada con para-caídas.

A los artistas del Hipódromo ha sucedido el Circo Olímpico, que ha representado al natural, y delante de una ciudad árabe, maravillosamente simulada, la toma de Laghouat.

El *Correo de Ultramar* podia reivindicar algo de esta parte de la funcion, porque la ciudad del desierto ha sido hecha con arreglo á los croquis auténticos que publicó nuestro periódico. Este fac-simile argelino, ejecutado en grande, producía una verdadera ilusion á la luz del dia, porque los pintores habian conseguido imitar perfectamente el aspecto ennegrecido de las murallas, sobre las cuales está construida la plaza. Un santón situado delante de estas, y un grupo de tiendas *marabouts y tellis* estaban admirablemente exactas. Dentro de la decoracion de la *pseudo-Laghouat*, se veían los polvorosos olmos del Campo de Marte, y esto contribuía, mejor que las palmeras pintadas al efecto, del conjunto, porque estos árboles, aunque poco árabes, podían hasta cierto punto confundirse con otros africanos.

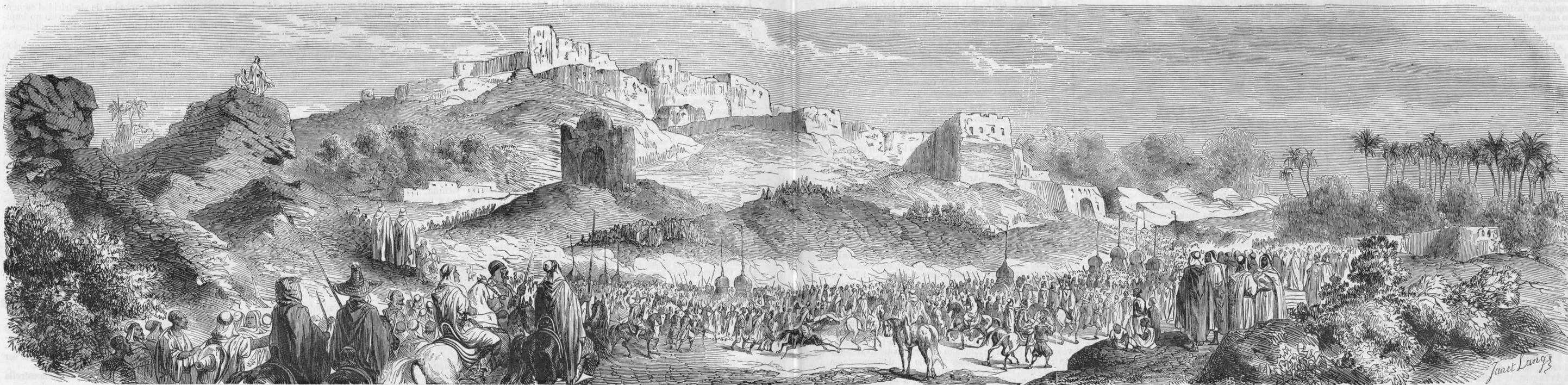
En cuanto á la parte mimo-dramática, ejecutada por seiscientos comparsas poco mas ó menos, no se puede menos de alabar la inventiva de Gringoiné, que la ha compuesto.

Pero ya es hora de llegar á la parte mas brillante de la fiesta; á las iluminaciones y fuegos artificiales.

Dejemos hablar al *Monitor*:

« A la una se abrian al público las puertas de los teatros. En el teatro francés, la multitud aplaudía frenéticamente á la Rachel, que representaba á Fedra, y la gran trágica se entusiasmaba con los aplausos que se le prodigaban. El espectáculo finalizó con el *Médico á palos*. En la Opera Cómica, Gimnasio, Vaudeville, Variedades, Puerta de S. Martin, Gaité, Palais-Royal, Ambigu, etc., la misma atencion y los mismos aplausos.

» Los ejercicios de los artistas del Hipódromo comenzaron á las tres, y se prolongaron hasta las cinco.



Toma de Lagonat, pantomima militar ejecutada en el Campo de Marte, por los artistas del Circo y del Hipódromo.

» A las cuatro, el Emperador y la Emperatriz salieron en carretela á recorrer los puntos principales de las funciones, y se dirigieron al campo de Marte por el puente de Iena.

» SS. MM. han vuelto á Tullerías por los Campos Eli-

seos, la plaza de la Concordia y el jardín del palacio.

» Por todas partes han sido recibidos con numerosas aclamaciones de la muchedumbre que poblaba los parques públicos.

» Las iluminaciones han comenzado á las siete.

» Imposible sería intentar dar una idea del efecto de la gran decoración, que partiendo de Tullerías se extendía hasta el Arco de Triunfo. La fachada del palacio estaba alumbrada por cordones luminosos. Delante del pabellón del reloj, en un tablado circular, adornado de ban-

deras tricolores, estaban los 300 artistas de la Opera, que han ejecutado un concierto vocal é instrumental, dirigido por M. Auber; maestro de capilla del Emperador. Al rededor de los jardines reservados se destacaban muchos mástiles empavesados, á los cuales había uni-

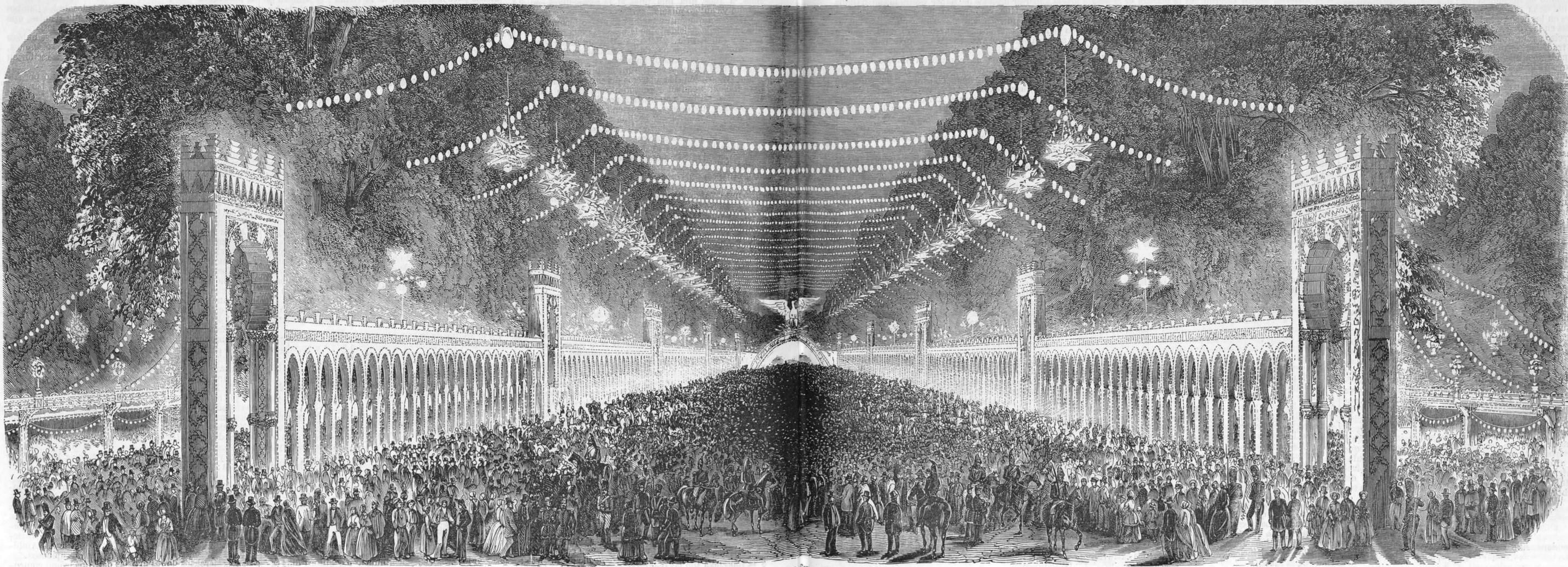
das guirnaldas de globos de cristal.

» El efecto general era el de una ciudad centellante de fuegos y pedrería, evocada en medio de un sueño oriental.

» A las nueve de la noche se han tirado los fuegos

artificiales en el Quai d'Orsay, la barriere du Trone, y le Bassin de Bercy.

» El fuego artificial del Quai d'Orsay contenía muchas piezas, que representaban, en el centro de un ramillete de estrellas, de bombas y cohetes, la cifra del



Iluminación de la grande avenida de los Campos Eliseos en Paris.

Emperador y la Emperatriz, un mosaico alegórico y el templo de la Inmortalidad. A la conclusion se ha elevado un águila que llevaba en sus garras de fuego una N coronada, que ha desaparecido en los aires, despues de trazar un surco luminoso.

» El de la *barriere du Trone*, representaba á Napoleon en el *buac de Austerlitz* la víspera de la batalla de los tres emperadores.

» El tercero, el de Bercy ofrecia un combate naval, en el cual el navío *Napoleon* lucha con dos enemigos, y sale triunfante de ellos, haciendo volar los buques en medio de una lluvia de fuego, y los gritos de *viva el Emperador!*

» A las once de la noche, la multitud comienza á desfilar con mucho orden, expresando la satisfaccion que le habia causado esta fiesta admirable, favorecida por un tiempo magnífico.»

De la crítica en general.

Refiérense todas nuestras creencias á juicios de cuya verdad estamos seguros por nosotros mismos, y sin que tengamos necesidad del testimonio de otro, ó á juicios que no creemos sino apoyándonos en lo que nos dicen nuestros semejantes.

La gran fuente de nuestros errores no está en los conocimientos personales; está en la fe que prestamos al testimonio ajeno.

Segun un célebre historiador, de mil partes de nuestros conocimientos, veinte son adquiridas por nosotros, y las restantes debemos á los demás. Preciso es, pues, saber discernir lo mas digno de fe, estudiar detenidamente los hechos, compararlos, y unir los antecedentes á las consecuencias para no avanzar en el camino del error. Sin el detenido, sin el concienzudo exámen, sin la imparcial aplicación de la crítica en la adquisicion de los conocimientos, nuestro espíritu no seria mas que un confuso abismo de preocupaciones y de errores; todas esas admirables facultades con que el Creador dotó á la mejor de sus hechuras, y que le han dado el primer lugar en la escala de los seres naturales, armas de suicidio, se convertirian en su daño, y la entidad racional entónces seria el mas desgraciado, el último de los seres.

Si el hombre no se dejara arrastrar de la fe en el testimonio de sus semejantes; si ántes de creer meditase á la luz de la razon, no adquiriria tan falsas apreciaciones en los hechos, tan mentidas analogías y desemejanzas en las cosas.

Preciso seria para ello que el que lee una historia, oye una tradicion, estudia una medalla, ó aparta el musgo de una lápida funeral, meditase ántes de dar fe á lo que lee, oye ó adivina, en las creencias y en los intereses del autor, en los tiempos y en las circunstancias bajo las cuales escribió su historia, se acuñó la medalla, se cinceló la lápida, las circunstancias generales y especiales de la tradicion.

¿Será racional que teniendo nosotros tanta insuficiencia orgánica para alcanzar en los hechos la exacta verdad, divinidad velada que huye de los mortales con rápido paso, y tocando al emprender su difícil via tantos escollos, ¿será racional, repito, que demandemos á otro mas diligencia, mas valor ó mejor suceso? ¿Será justo que teniendo generalmente nociones tan imperfectas ó tan falsas de lo que sucede ante nuestros ojos, nos prometamos con razon ser mejor instruidos de lo que nos ocultan la bruma de la distancia ó el polvo de los tiempos?... ¿No tocamos á algunos ejemplos de hechos equívocos ó falsos transmitidos á la posteridad con todo lo que pudieramos llamar la parte teatral de la verdad? ¿Y esperarémos que los hombres que pasaron, hayan tenido mas conciencia ó ménos cinismo?...

En medio de las apasionadas facciones, los partidos amenazan al historiador como la espada de Damocles, y nosotros á los pasados, y la posteridad á la edad presente; tendrán derecho de exigir al historiador un sacrificio que solo le atraeria por premio los rencores, las enemistades de los poderosos, la acusacion de imprudencia, ó el destierro, ó el cadalso?...

¿Cuántos Filistos hay por cada Mezerai?

Y conociendo nosotros cuán peligroso y casi imposible seria al general escribir sus campañas, al diplomático sus negociaciones, al hombre público sus memorias, á la vista y en presencia de los actores y de los testigos que pudieran desmentirle, ¿comprenderémos si podrá esperar la posteridad que, muertos ya los testigos y los actores que pudieran hacer reclamaciones, la impudencia, asentada en la desviacion del tiempo y en la falta de memoria, le narre con fidelidad mayor la exacta verdad?

¿La informacion supuesta y la severa imparcialidad atribuida á los que vendrán, serán otra cosa mas que un consuelo de la inocencia perseguida, ó una adulacion al oro ó al miedo? Pues qué ¿la posteridad frecuentemente escucha otra cosa mas que la voz del fuerte, que vence, y ahoga las quejas del débil que sucumbe? Que...

..... En casos tales
Los vencidos son traidores,
Los vencedores leales!!

Tiéndanse sino los ojos por el vasto campo de la historia.

Veamos la de Cartago.

¡Oh! ántes de formular una síntesis sobre la moralidad, sobre el carácter, sobre las intenciones, sobre la civilizacion de ese infortunado pueblo, os preguntaréis sin duda si estará fiel y desapasionadamente retratado por los escritores romanos; si seria tal como estos nos le pintan el carácter de los inventores del cristal y de la púrpura de Tiro; de los que con sus inmensas caravanas recorrian el centro del Asia y de la Arabia, penetrando hasta el interior del Africa; de los que sin cesar aumentaban los límites del mundo entónces conocido; de los fundadores de Panormia y Lelibeia, de Utica y de Leptis, de Gades, de Carteya y de Tartesus; de ese pueblo del cual Hércules el guerrero, el navegante, el traficante, el colonizador, no es mas que un mytho, una bella alegoría poética!...

¡Ah! no, responderéis sin duda entre las vacilaciones de vuestro espíritu, en manera alguna: la nacion que llegó á tan elevada altura, no debió carecer de grandes y heroicas virtudes. La *fides púnica* no es, pues, otra cosa que una calunnia romana.

Y siendo esto una verdad inatacable, ¿qué seria de los que leen las acaloradas historias de los escritores latinos, al tratar de la gente fenicia, si la crítica no los introdujera á la vez en el senado de Roma para hacerles oír la sañuda relacion de Caton, y contemplar á los senadores alzándose en sus sillas curules con rencoroso odio y exclamando: *¡Delenda est Carthago!*

¿Qué es la historia de nuestra dominacion americana bajo la pluma de casi todos los escritores extranjeros?

¿Qué es su gran copia de las que generalmente acatamos como verdades inconcusas!...

No por ello deberémos negar lo que no hayamos visto ó carezca de exactitud matemática: la mas bella mision de la crítica es el descubrimiento de la verdad; á su paso tropieza con los errores; pero no es su principal objeto el de buscarlos.

Ni debemos hacer sistemáticamente de Saturno un hombre, ni de Camilo una alegoría: el exámen nos ha de llevar á la verdad; pero nos engañamos si creemos que nos conduce al pirronismo. No neguemos la existencia de Sirio, porque se sumerge en la profundidad de los cielos, como dice un elegante y concienzudo historiador: jamás olvidemos que usando de la crítica se llega á la verdad, y abusando de ella al escepticismo ó á la creencia de todo lo que se nos presenta con las formas de lo maravilloso, esos dos peligrosos y tristes extremos en que toca el que imagina que la inteligencia es una sonda que llega al remate de todos los abismos: si la historia, segun Ciceron, es la *maestra de la vida*, la historia sin la crítica es una divinidad ciega que solo nos conduce al error.

Por medio del exámen concienzudo é imparcial nos librarémos al cabo de esos errores transmitidos de unos en otros, y que parecen como padecimientos, como entidades parásitas de la inteligencia que el hombre hereda de sus padres con la generacion.

Si aplicáramos las reglas de una sana crítica á nuestros conocimientos adquiridos por medio de nuestros semejantes, ó como dice un filósofo, á nuestra ignorancia adquirida, no caeríamos en ciertos abismos.

No apeláramos entónces al duelo, á esa preocupacion bárbara, para decir una insignificante querrela de palabras; no tendríamos tan equivocadas nociones del honor; no aceptaríamos esa lucha sacrilega é impía del hermano con el hermano, sin odio, sin rencor; del calumniador con el calumniado, en que de una parte está las mas de las veces la impericia, y de la otra el hábito de la lucha, el arte de manejar el acero ó de dirigir con ojo seguro el plomo al corazon del contrario.

No acudiríamos en ciertas circunstancias extremas al suicidio como á la panacea de nuestros dolores. Esperaríamos con filosófica resignacion en las mudanzas de la varia fortuna; tendríamos fe en esa otra existencia de reparacion completa que principia tras el polvo de la muerte, cuya cuna es el ataúd!...

Si el moslem, si el adorador de Manítú, si el que sacrifica á los dioses meditara en la verdad de las religiones, aceptaria la nuestra. Cuando los hombres estudien con calma las varias creencias que profesan; cuando apliquen á sus encontrados dogmas los preceptos de la sana crítica, se cumplirá esa consoladora profecía de Jesus acerca de la universalidad del cristianismo; entónces nuestra religion será cosmopolita; entónces y solo entónces no prevalecerán las puertas del infierno, y se habrá exterminado la serpiente biblica.

De esta manera fray Bartolomé de Olmedo derribó de sus sangrientos pedestales á Huichilobos y á Tezcatepucá; fray Hernando de Talavera eclipsó el brillo de la media luna en la vencida Granada, y emprendiendo contraria senda los partidarios del gran Cisneros, provocaron la despoblacion de España y el estéril derramamiento de sangre; y dejándose arrastrar de bárbaros errores, el feroz Omar quemó la biblioteca de Alejandria, haciendo retroceder á la humanidad en sus vias con pasos de gigante.

Tan importante es la aplicacion de la crítica á nuestros conocimientos, que estudiando ante su luz las varias religiones, segun dejo apuntado, es como el género humano llegará á profesar el cristianismo, y vendrá un dia en que para los hombres todos será una verdad el milagro de la resurreccion, piedra angular del edificio cristiano, y en que acatarán todos á la religion que alzó su sagrado lábaro contra la servidumbre; acabando para siempre la que erigió como dogma el derecho de conquista, las que admiten cual agradables ofertas á la divinidad los sacrificios humanos, y todos los extravíos en fin de la razon.

La falta de crítica ha precipitado á los hombres en extrañas preocupaciones, en ridículos errores. A propósito, quisieramos poder copiar en este lugar las elocuentes palabras de Buffon acerca de la infibulacion entre los etíopes, los habitantes del Perú y algunas otras naciones de Asia; describir los lúbricos misterios de los bosques sagrados, donde los felices dioses de la antigüedad tenían el derecho de primacia, poniendo por antítesis las extrañas creencias y costumbres acerca de la virginidad en el reino de Astracan, y en las islas Filipinas...

¿*Cur tam variè?* ¿De qué procede que aquí es apetecido lo que es mirado mas allá con profundo desden? ¿porqué lo que en una nacion, en un país es honroso, en otro afronta?...

¿Qué es de la interpretacion de las leyes sin una sana crítica? ¿Absolverémos al que casó con tres mujeres porque la ley habló solo del que casaba con dos, segun nos cuenta el señor Lardizal, que hizo en cierta ocasion el jurado inglés?

Por haberse ignorado ó desatendido que el rigor de las penas tan solo contribuye á endurecer el corazon de los hombres con el hábito de contemplar el derramamiento de sangre ó á conducirles á la impunidad, y por lo mismo que es estéril, nos ha trasmitido la historia muchas páginas cubiertas de horror y de sangre.

« ¡Qué cuadro tan lastimoso, horrendo y abominable no puede bosquejarse de castigos que se han ejecutado, y aun ejecutan en muchas regiones del globo! Yo veo á los egipcios cortar un cuerpo con sierras, pulverizarle con carros cubiertos ó forrados en hierro, hacerle pedazos con hachas ó cuchillos, arrojarle en hornos de ladrillo, echar al reo en calderas de licor hirviendo, derramar en su boca plomo derretido, precipitarle en un rio, ó sofocarle en la ceniza, y aun valerse algunas veces de los animales para hacer perecer á los hombres; veo que en Persia se tomaban dos artesas del todo semejantes, y despues de haber tendido al delincuente en una de ellas, se colocaba la otra por encima, de manera que quedase cogido todo el cuerpo, á excepcion de la cabeza, manos y piés; que en tan lastimoso estado recibia un alimento que no podia rehusar sin que al momento se le sacasen los ojos; que tambien se le hacia beber leche mezclada con miel, ó que mas bien se le derramaba sobre la cara; que se ponía despues al sol para que acudiesen las moscas á cubrir y á atormentar su rostro; y en fin, que precisado á satisfacer en tal situacion todas las necesidades naturales, la podredumbre consumia insensiblemente sus entrañas, y quitando la artesa superior despues de haber espirado, se hallaba siempre al cadáver roído por los insectos que habia hecho nacer la putrefaccion: veo que en Inglaterra, al reo de Estado se le suspendia vivo de un rollo, donde se le arrancaban el corazon y las entrañas para azotar con ellas sus mejillas, y que despues el verdugo con su mano ensangrentada las mostraba al público diciendo: *he aquí el corazon del traidor*: veo que en Francia uno de sus soberanos, ó por mejor decir, uno de sus mayores monstruos, hacia cayesen sus víctimas sobre un cigonál, de donde volvian á caer sobre ruedas erizadas de puntas y coronadas de navajas, teniendo la complacencia de ser testigo de los tormentos y rabia de los que habia condenado: veo en la China asegurar el verdugo á un poste el delincuente, desmeollar su cabeza, arrancarle la piel con violencia, y echarla sobre sus ojos, sajar ó picar todas las partes del cuerpo, y despues de haberse cansado en este bárbaro egercicio, abandonarle á la crueldad del populacho y de los espectadores: veo en Japon... pero estremecido mi corazon al referir tantos horrores, no me es posible continuarlos, y me siento impelido á arrojar la pluma de mi mano trémula (1). »

La ley, sin estar meditada á la luz de una crítica racional, en vez de castigar al reo para ejemplo de los demás, pone sobre su frente la laboriosa corona de los mártires. ¿Quién al leer el suplicio del malvado Damiens se acordará del asesino de Luis XV? ¿Y quién sino la barbarie de la pena ha convertido en mártir al infame regicida?

¿De qué nacieron esos medios á que se apelaba en casi toda la Europa como recurso de prueba, para los cuales estaban prescritas ceremonias y fórmulas de oraciones conocidas con el nombre de *juicios de Dios*, y que no eran otra cosa mas que una preocupacion sacrilega?

La crítica, pues, es la reguladora de nuestra razon en el orden moral y en el civil; sin ella no puede haber legislacion humanitaria, ni las costumbres, ni los usos, ni los afectos de hermandad que deben unir á los habitantes de un país y aun del globo, jamás podrian ser conservadores de los elementos de moral y rectitud que son precisos para conseguir la felicidad del hombre; sin la crítica, ó no profesáramos la verdadera religion, ó esta misma iria empañándose, y perdiéndose con las preocupaciones y los errores: sin el exámen de los hechos, la razon humana seria como una nave que surcase la inmensidad del Océano sin brújula y sin timon, que se estrellaria al fin en el fanatismo ó en el escepticismo, esos Scilas y Caribdis del alma: el hombre seria el mas degradado, el último de los seres.

Si se nos objeta por alguno que con el exámen, que con la duda, perdemos la verdad, nosotros responderémos que no llamamos duda al ambicioso anhelo de la negacion, y que si usando del exámen perdemos alguna vez la verdad, perseverando en la duda despreocu-

(1) Gutierrez.

pada, fria, amiga de la certidumbre, la recobramos y la fijamos para siempre en nuestra alma con indelebles caracteres.

M. DE GÓNGORA.

El Narcisito.

CUENTO AMERICANO POR NATHANIEL HAWTHORNE.

Narciso era llamado así, porque se parecía naturalmente á esta flor, no le gustaba hacer mas que lo que era bello, y no le complacia ningun trabajo. Ahora bien, mientras Narciso era muchacho, su madre lo alejó del techo paterno, y lo confió á un maestro de escuela muy severo, conocido por el nombre de el señor Trabajo. Los que lo conocian á fondo afirmaban que el señor Trabajo era un personaje muy digno, que habia hecho mas bien á los niños y á los hombres que cualquiera otro. Ciertamente no le ha faltado tiempo para ello, porque, segun se dice, se halla en la tierra desde el dia en que Adán fué echado del paraíso.

Esto no obstante, el señor Trabajo tenia una figura severa y fea, sobre todo para los chicos ó grandes inclinados á la ociosidad; su voz era áspera, y sus modales le parecian muy desagradables á nuestro amigo Narciso. Durante todo el dia, este terrible maestro estaba sentado en su bufete, vigilando á sus discípulos, ó paseando por la escuela con una varilla en la mano. Tan pronto descargaba un latigazo en la espalda de un niño sorprendido jugando, tan pronto castigaba á una clase entera que no sabia la leccion; en una palabra, no teniendo los ojos clavados en el libro, ningun muchacho podia gozar de tranquilidad en la escuela del señor Trabajo.

— Jamás me podré acostumbrar á esto, pensó Narciso.

Hasta aquel dia, Narciso habia vivido junto á su madre, que tenia una fisonomía mucho mas dulce que la del anciano señor Trabajo, y habia sido muy indulgente con su hijo. Por eso no es de extrañar que el pobre Narciso estuviera triste cuando cambió su suerte, y se vió alejado de la buena señora, y confiado al pícaro maestro, que jamás le daba manzanas ni pasteles, creyendo al parecer que los niños han nacido solo para aprender lecciones.

— Imposible es que yo permanezca aquí, se dijo Narciso cuando habia pasado una semana en la escuela. Yo me escaparé para ir á buscar á mi madre, y al ménos no tropezaré con quien sea tan insoportable como el señor Trabajo.

Así, al dia siguiente huyó Narciso, y comenzó sus peregrinaciones por el mundo, sin mas recurso que un poco de pan y queso para almorzar, y un corto número de monedas para sus gastos. Pero aun no habia andado mucho camino, cuando tropezó con un hombre, grave de porte, que caminaba á pasos lentos.

— Buenos dias, hermoso niño, dijo el extranjero; y aunque su voz parecia severa, no carecia, sin embargo, de cierta benevolencia. ¿De dónde viene Vd. tan temprano, y á dónde va?

Narcisito era muy franco, y en su vida habia mentido. Vaciló un momento, pero acabó por confesar que se habia salido de la escuela por la aversion que le inspiraba el señor Trabajo, y que estaba decidido á buscar por el mundo un sitio donde no volviera á ver ni oír hablar del anciano maestro.

— ¡ Ah! muy bien, amiguito mio, contestó el extranjero; en este caso, viajaremos juntos, porque yo tambien me quejo de ese señor, y celebraré hallar algun punto en que nadie haya oido mentarlo.

Nuestro amigo Narciso hubiera preferido un compañero de su edad, con quien coger flores á orillas del camino, cazar mariposas ó cosas semejantes. Pero era bastante discreto para comprender que le seria mas fácil recorrer el mundo con un hombre de experiencia. Aceptó pues la proposicion, y los dos siguieron su ruta, como buenos amigos.

Pronto pasaron por un prado donde los segadores cortaban la yerba, y la extendian para que se secase. Narciso respiró el perfume de la yerba recién segada, y pensó que seria mas agradable aquella labor al aire libre, cerca de árboles en que gorjeaban los pajarillos, que aprender encerrado lecciones, y ser reprendido continuamente por el viejo señor Trabajo. Pero en medio de tales pensamientos, mientras estaba mirando por encima de la pared, retrocedió de repente, y se apoderó de la mano de su camarada.

— ¡ Pronto, pronto! exclamó. ¡ Huyamos, porque sino nos cogerá!

— ¿ Quién? preguntó el extranjero.

— El señor Trabajo, el maestro de escuela, respondió Narciso. ¿ No lo distingue Vd. entre los segadores?

Y Narciso señalaba con el dedo á un hombre de cierta edad, que parecia el dueño de la pradera y de las gentes que segaban. Se habia quitado el frac y el chaleco, y se paseaba en mangas de camisa. El sudor corría por su frente, pero no dejaba por eso de meter prisa á su gente mientras era dia. ¡ Y cosa extraña! las facciones del viejo granjero eran las mismas del anciano señor Trabajo, que debia á aquellas horas entrar en su sala de estudio.

— No tema Vd. nada. Ese no es el maestro de escuela, sino uno de sus hermanos que es granjero. Y se dice

que este es el mas insoportable de los dos. Sin embargo no lo incomodará á Vd. á ménos de tomar trabajo en su granja.

Narciso dió crédito á las palabras de su camarada, pero se alegró mucho de perder de vista al granjero que tanto se asemejaba al señor Trabajo. Los dos viajeros llegaron pronto á un sitio en que estaban construyendo una casa, Narciso le rogó á su compañero que se detuvieran un instante, porque daba gusto ver con que destreza trabajaban, y manejaban sierras, hachas y martillos; y no pudo ménos de pensar que él tomara con placer aquellos instrumentos para edificar para sí una casita; porque entónces, el viejo señor Trabajo no se atreveria á venir á atormentarlo en ella.

Pero cuando le sonreia esta idea, nuestro Narcisito apercibió alguna cosa que lo aterró, y le hizo coger la mano de su camarada.

— ¡ Vámonos! ¡ pronto, pronto! gritó. ¡ Aquí está otra vez!

— ¿ Quién? preguntó tranquilamente el extranjero.

— ¡ El señor Trabajo! respondió Narciso temblando. Allí, aquel que vigila á los trabajadores. Es mi maestro de escuela; ¡ estoy tan seguro como de que vivo!

El extranjero siguió con la vista la direccion de Narciso, y vió á un hombre de cierta edad, que tenia en la mano una regla y un compás.

Este personaje recorria la casa sin concluir, midiendo maderas, dando instrucciones, y exortando á los otros á no perder tiempo. Y donde aparecia su figura rugosa, los obreros sentian que tenían sobre ellos un amo, y se ponian á aserrar, y martillar como si les fuera en ello la existencia.

— ¡ Oh! aquel no es el maestro de escuela, dijo el extranjero. Es un hermano suyo que ha tomado el oficio de carpintero.

— Me alegro de eso, repuso Narciso, pero si Vd. quiere, celebraré el apartarme de aquí cuanto antes.

Continuaron su viaje, y oyeron muy pronto el ruido de un tambor y un pífano. Narciso aplicó el oido, y excitó á su compañero á apresurar el paso para ver á los soldados. Así lo hicieron, y encontraron una compañía de infantería, lujosamente vestida, con su fusil al hombro. Delante marchaban dos tambores y dos pífanos, que tocaban una música tan bella, que Narciso se hubiera ido de buena gana tras de ellos hasta el fin del mundo.

— Si yo fuera soldado, se dijo, el señor Trabajo no se atreveria á mirarme á la cara.

— ¡ Paso acelerado! ¡ Marchen! gritó una voz fuerte y ronca.

Narciso se asustó, porque la voz que se dirigia á los soldados tenia el mismo metal que la del maestro de escuela. Y cuando miró al capitán de la compañía, ¿ qué vió, sino el verdadero retrato del señor Trabajo, con un hermoso sombrero de plumas en la cabeza, una casaca galoneada, un cinturón de púrpura, y en la mano un sable en vez de vara? Y aunque llevaba la cabeza erguida, y se contorneaba como un pavo real, sin embargo parecia tan feo é insoportable, como cuando tomaba la leccion á los niños.

— Aquel es indudablemente el viejo señor Trabajo, dijo Narciso con voz trémula. Huyamos, no sea que nos aliste en su compañía.

Se engaña Vd. otra vez mas, replicó con calma el extranjero. Ese no es el maestro de escuela, sino uno de sus hermanos, que está siempre en el servicio. Dienen que es muy severo; pero nosotros no tenemos que temerle.

— ¡ Tanto mejor! dijo Narciso; pero no importa, yo no quisiera ya ver mas soldados.

El niño y el extranjero volvieron á ponerse en marcha, y llegaron en seguida á una casa, en que se regocijaba una sociedad numerosa. Jóvenes de sonrosadas mejillas, hombres con la sonrisa en los labios bailaban al compás del violin. Este era el golpe de vista mas agradable de que habia disfrutado Narciso, y el que lo recompensaba de todos sus engaños.

— ¡ Oh! ¡ parémonos aquí! dijo á su camarada, porque el señor Trabajo no osará mostrar su cara á un tocador de violin, y á gentes que bailan y se divierten... ¡ Aquí estaremos muy seguros!

Pero estas últimas palabras espiraron en los labios de Narciso, que, habiendo echado la vista por acaso al músico, habia descubierto la imagen del maestro, teniendo un arco en lugar de vara, y manejándolo con tanta destreza como si nunca hubiera hecho otra cosa que tocar el violin! Aunque tenia cierto aire francés, se parecia facion por facion al señor Trabajo; y Narciso se imaginó que lo invitaba por señas á bailar.

— ¡ Oh Dios mio! murmuró palideciendo. Cualquiera diria que no hay en el mundo mas que el señor Trabajo. ¿ Quién hubiera creido que tocaba el violin?

— No es el maestro de escuela, dijo el extranjero, sino uno de sus hermanos, que ha aprendido en Francia á tocar el violin. Se avergüenza de su familia, y se hace llamar el señor Placer; pero su nombre es señor Trabajo, y los que lo conocen bien, lo juzgan peor y mas desagradable que sus hermanos.

— Le ruego á Vd. que continuemos, dijo Narciso. No me gusta nada la fisonomía del tal músico.

Prosiguieron pues su marcha por el camino real, senderos sombríos, y á través de risueños pueblos; pero en todas partes se veia la imagen del señor Trabajo. Se les aparecia como un espantajo en los campos. Si entraban en alguna casa, lo encontraban sentado en la sala; si echaban una ojeada en las cocinas, allí estaba tambien. En toda cabaña parecia el amo, y siempre tenia algun disfraz para deslizarse en las mas espléndi-

das regiones. En todas partes descubria Narciso alguno semejante al señor Trabajo, y que, segun el extranjero, era uno de los innumerables hermanos del viejo maestro de escuela.

Narciso se moria de fatiga, cuando vió algunas gentes tendidas muellemente á la sombra, á orillas del camino. El pobre niño suplicó á su compañero que se detuviera algunos instantes para descansar.

— El señor Trabajo no vendrá aquí nunca, dijo, porque detesta ver á la gente ociosa.

Al decir esto, fijó la vista en el que parecia mas indolente y apático entre todos los apáticos é indolentes que estaban tirados en el suelo. ¿ Y quién era sino el retrato del señor Trabajo?

— La familia del señor Trabajo es muy numerosa, observó el extranjero. Ese es otro de sus hermanos, educado en Italia, donde ha contraido esos hábitos de ociosidad, y tomando el nombre del *signor Far niente*. Pretende que vive cómodamente, pero en realidad es el mas desgraciado de la familia.

— ¡ Oh! ¡ vuélvame Vd.! ¡ vuélvame Vd.! exclamó el pobre Narciso, llorando. Si solo hay trabajo por todo el mundo, ¡ prefiero volver á la escuela!

— Héla ahí, dijo el extranjero, porque aunque habian andado mucho, habian marchado circularmente. ¡ Vámonos! juntos volveremos á la escuela.

La voz del extranjero tenia cierta cosa que recordó Narciso en aquel momento, siendo raro que no la recordase ántes. Levantó pues los ojos, y vió... las facciones del señor Trabajo, de manera que el niño, que habia hecho los mayores esfuerzos por huir de su maestro, habia permanecido todo el dia con él.

Algunas personas á quienes he contado esta historia de Narciso, creen que el viejo señor Trabajo era un mágico que tenia la habilidad de tomar el disfraz que le convenia. Sea como quiera, Narciso habia recibido una buena leccion, y desde aquel dia fué muy aplicado, porque supo que la asiduidad al trabajo no era mas penosa que el juego ó la ociosidad. Y cuando intimó sus relaciones con el señor Trabajo, comenzó á ver que sus modales no eran tan desagradables, y que la sonrisa del viejo maestro de escuela era casi tan amable como el de la misma madre de Narciso.

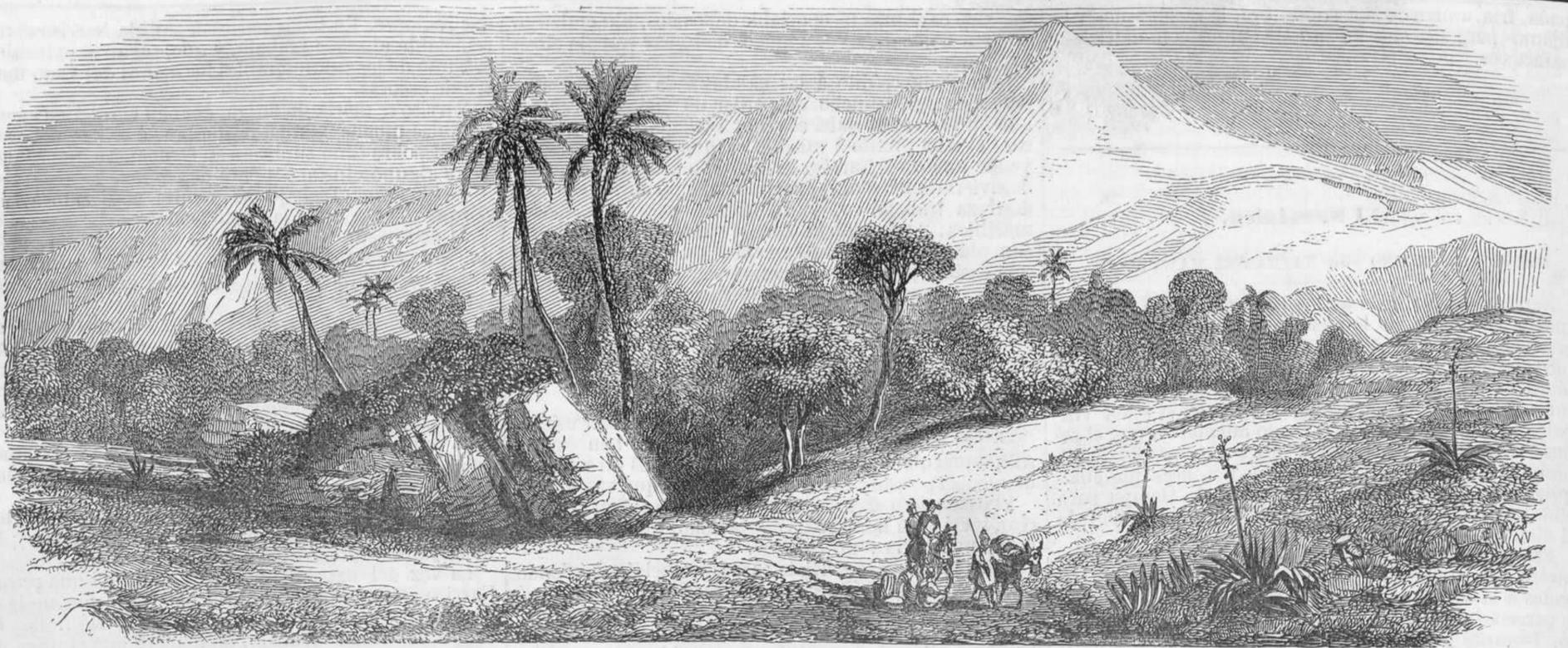
Nuevas minas de diamantes del Brasil.

El diamante era conocido de los ancianos, aunque sin embargo ignoraban el arte de cortarle, arte descubierto por Luis Berquem hácia 1475. Hasta el siglo XVIII no se hallaron diamantes sino en la India; hoy la Rusia y el Brasil, suministran mayor cantidad que Golconda y Borneo. Hace cosa de un siglo, el autor del *Tratado de los diamantes y las perlas*, David Jeffries no queria creer en las minas del Brasil (entónces no se hablaba aun de las del Ural) y sin embargo las minas de la India casi están abandonadas, y las de la América Meridional se aumentan en número y crecen en productos. El brillo del viejo mundo está para eclipsarse.

Al cabo y al fin las minas de la India han tenido un buen periodo de existencia, y cuentan representantes célebres en todas las costas de Europa. El Gran Mogol les debe su diamante que, segun Lavernier, pesa 279 quilates y vale 15 millones de francos; el Emperador de Rusia la *luna de la montaña*, tasado en 7.605.000 francos; y la Francia, el *regente*, que aseguran vale mas de tres millones, y que en 1790, la Asamblea estimó en 12 millones.

Las minas de la India no son hoy ménos ricas que lo fueron antiguamente. « No hay razon ninguna, dice Jacquemont, para que explotando el mismo número de hombres por los mismos procedimientos una misma capa diamantífera, no extraigan cada año la misma cantidad de diamantes; la riqueza mineral se agota, pero la de las capas subsiste, mientras la capa dura; únicamente, la misma cantidad de diamantes, no representa ya el mismo valor, porque las piedras preciosas de siglo en siglo pierden de su precio. » — « Por esto, añade M. de Waren, la reputacion de las minas de Golconda ha decaído mucho, y por esto, su explotacion, apenas lucrativa en el dia, no tardará mucho en ser impracticable y ruinosa. »

El descubrimiento de las minas del Nuevo Mundo data de los primeros años del pasado siglo. « Unos mineros de oro, dice M. Caire, en la *Ciencia de las piedras preciosas*, recogieron por casualidad unos pequeños cuerpos que despedian cierto brillo; pero tan léjos estaban de creer en el valor de aquello, que despues de haberlos mirado un instante, los arrojaban entre los desperdicios de las ruinas. Pero he aquí que un dia, los rayos del sol hicieron centellear aquellas piedrecillas, y entónces hubo de fijarse en ellas la atencion, y se tomó el partido de enviarlas á Lisboa, para averiguar con exactitud su naturaleza, lo que no se verificó allí por falta de comerciantes, y solo en Londres y en Amsterdam, se descubrió despues, que tenian todas las cualidades de los diamantes verdaderos. Inmediatamente los portugueses se dieron á buscarlos con tan buen éxito, que la flota de Rio Janeiro llevó en 1732 á Lisboa 1.146 onzas, que hacen 165.024 quilates, 35 k. 0608 d. Un clamor universal acogió este descubrimiento; todo el mundo negaba la existencia del diamante en América; pero estas voces interesadas pronto fueron reducidas al silencio. La enorme cantidad de diamantes que se puso



Nuevas minas del Brasil. — Vista de las montañas de Sincura.

en venta en 1733, hizo que su precio bajara considerablemente.»

La explotación de las minas de diamantes del Brasil ha pasado por muchas vicisitudes. Por un decreto de 8 de febrero de 1730, los diamantes se declararon propiedad de la corona... Todo el mundo pudo ocuparse en buscarlos, y cada negro empleado por este trabajo quedó sometido á una capitación de 20 á 30 duros según la riqueza del sitio que explotaba. Sin embargo, como el valor de las piedras preciosas bajaba rápidamente, en 1735 se substituyó á este modo de capitación un arrendamiento anual por la cantidad de 862,500, estipulándose que los arrendatarios no podían emplear más de 600 negros en su trabajo. Este sistema de arrendamiento subsistió hasta 1772, época en que el marqués de Pombal cayó de un exceso á otro; esto es, estableció un monopolio que ha durado 60 años sin producir jamás beneficios iguales á los gastos que ocasionaba, hasta que por último hubo que renunciar á él, volviendo al sistema de adjudicación y de arrendamiento.

En el Brasil lo mismo que en la India, se hallan los diamantes diseminados en una especie de almendrilla formada de fragmentos de cuarzo reunidos por una argamasa ferruginosa, conocida con el nombre de *casalhao*.

En Mandanga se explotan los diamantes dejando en seco la madre del Jigitonhonha, río que crece por la reunión de muchos ar-



Nuevas minas del Brasil. — Explotacion y busca de diamantes

royuelos que entran en él, pero que es poco profundo, y muy ancho.

Se deja en seco la parte más profunda del río á beneficio de grandes cajones ó bombas con cadenas que se ponen en movimiento por una rueda hidráulica; se saca el fango, y se lleva el cascaje á un sitio cómodo para lavarle.

En la época del viaje de M. Mawe de quien tomamos los siguientes pormenores, no hacía mucho tiempo aun que los negros llevaban el cascaje en cazuelas sobre su cabeza; pero el señor Cámara estableció dos planos inclinados, de 300 piés de largo cada uno, sobre los cuales una grande rueda hidráulica dividida en dos partes pone en movimiento los cajones llevados sobre otras ruedas. Los cubillos de esta rueda se hallan contruidos de modo que puede cambiarse fácilmente el movimiento de rotación, haciendo pasar de un lado á otro la corriente de agua. La rueda, por medio de una cuerda hace andar dos cajones, de los cuales uno baja vacío por un plano inclinado, y el otro cargado de cascaje sube hasta arriba del otro plano, donde cae en una estera, se descarga y baja á su vez. En Canjea, punto de la mayor importancia en otro tiempo, situado á una milla de distancia por el otro lado del río, se emplea para esta operación tres máquinas de cilindro, semejantes á las que se usan en las minas del Derbyshire, y se emplean también caminos de hierro en los terrenos desiguales. Esta máquina es la primera, y

la única un poco considerable que ha visto M. Mawe en el distrito del diamante. Parece que muchas personas se oponen á la admision de máquinas, que tienen que ir de muy léjos, y traen consigo enormes gastos; en aquel país hay muy pocos que posean los conocimientos necesarios para ejecutar máquinas, y los obreros no quieren construirlas porque temen quedarse luego sin trabajo.

La caja de cascajo se compone de las mismas substancias que las del distrito del oro; en muchos sitios, al borde de los rios, hay grandes masas de guijarros aglutinados por el óxido de hierro que envuelve á veces el oro y los diamantes. En la estacion seca, se saca todo el cascajo suficiente para ocupar todos los brazos en la estacion de las lluvias. Sacado de la madre del rio, el cascajo se pone en montones de 15 á 16 toneladas cada uno; se hace venir agua de cierta distancia, y se distribuye por diferentes partes de la explotación, mediante acueductos ingeniosos, contruidos con mucha habilidad.

He aquí como se lavan ó se limpian los diamantes en Mandanga: primero se eleva un cobertizo de forma oblonga, de unos 120 piés de largo y 45 de ancho, que consiste simplemente en unas estacas que sostienen un techo abierto de ramas. Por medio de este cobertizo debe pasar una corriente de agua por una canaliza cubierta de tablas sobre las cuales se colocan dos ó tres piés de cascajo.

Al lado, y debajo de la canaliza, se extiende un suelo artificial de doce á quince piés de largo, por todo el co-

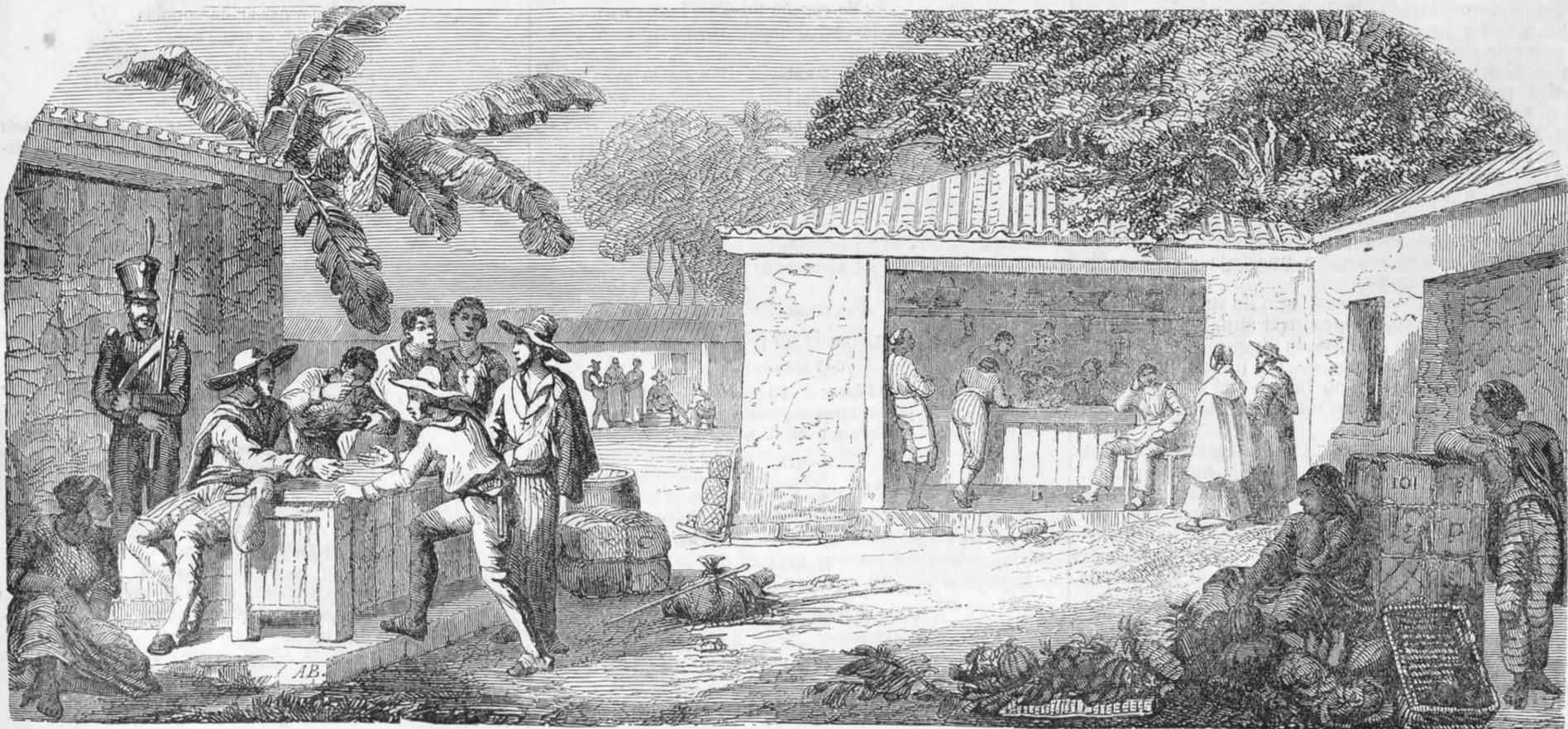
longitud por medio de unas tablas colocadas en veinte compartimientos de tres piés de ancho cada uno; la parte superior de estos compartimientos, que allí llaman cajas, comunica con la canaliza, y se halla dispuesta de modo, que el agua se introduce en ella entre dos tablas paralelas entre sí y al horizonte, y distantes una de otra como una pulgada. El agua cae por esta abertura en el compartimiento á unas seis pulgadas de altura; el líquido se puede dirigir á la parte que se quiere, ó detenerle con solo un poco de barro. Cuando, verbigracia, solo se necesita el agua de un punto dado de la abertura, se tapa lo demás; si se quiere que el agua venga del centro, se tapan las extremidades; en una palabra, el barro se aplica segun las circunstancias. Un pequeño conducto practicado al extremo inferior de compartimiento, sirve para que salga el agua. Sobre el monton de cascajo, se hallan colocados á distancias iguales, unos asientos altos para los oficiales inspectores; y cuando estos se hallan sentados, entran los negros á los compartimientos, cada uno provisto de un rastriilo de forma singular, y de mango corto, con el cual hace caer en el compartimiento, de cincuenta á ochenta libras de cascajo, y despues introduce el agua; entónces agita y remueve continuamente el cascajo, llevándole sin cesar hácia la parte mas alta del compartimiento. Esta operacion dura unas cuatro horas, al cabo de las cuales se aclara el agua que



Nuevas minas del Brasil. — Escolta acompañando un convoy de diamantes.

bertizo, y desde la canaliza forma una cuesta de una pulgada por pié. Este suelo se halla dividido en toda su

mas alta del compartimiento. Esta operacion dura unas cuatro horas, al cabo de las cuales se aclara el agua que



Nuevas minas del Brasil. — Despacho de venta de diamantes.

cae en el conducto inferior. Como todas las partes terrosas han desaparecido ya, el casquijo que queda se

va hácia la parte superior del compartimiento, y cuando el agua está ya enteramente clara, se arrojan pri-

meramente las piedras mas gruesas, y luego las que lo son ménos, y se examina lo demás con mucha precau-

cion para descubrir los diamantes. El negro que halla uno, se endereza, se pone á dar palmadas, y abre la mano, sujetando la piedra entre el pulgar y el índice; un inspector recibe el diamante y le deposita en una cazuela llena de agua hasta la mitad, que cuega en medio del cobertizo.

En esta vasija van echando todos los diamantes que se encuentran en el día, y por la noche, la cogen y la llevan al oficial en jefe, quien despues de pesar las piedras las apunta en un registro. Cuando un negro tiene la dicha de hallar un diamante que pesa un octavo, esto es, diez y siete quilates y medio, le ponen una guirnalda de flores en la cabeza, y le llevan en procesion al gobierno, donde le dan la libertad, indemnizando á su amo; al negro le regalan un vestido nuevo, y le dan permiso para que pueda trabajar por propia cuenta. No hay regla para el traje de los negros; generalmente llevan al trabajo un calzon y una chaqueta, pero no están desnudos, como pretenden algunos escritores. Trabajan desde que sale el sol hasta que anochece.

El primer diamante ruso fué hallado el 22 de junio de 1829 en las vertientes occidentales del Ural, en la explotacion de la arena aurifera de la condesa Polier, por un niño de 13 años, llamado Pawel Popow. En el año 1826, M. Engelhardt, trató de probar que aquellos montes debían encerrar minas de diamantes; y habiendo manifestado esta misma opinion M. de Humboldt, cuando visitó el Ural, todos los directores de minas se pusieron á buscar el diamante, pero unos niños fueron los primeros que lo encontraron.

Por último, en octubre de 1844 se descubrió una nueva mina de diamantes en el Brasil. Una carta fechada en Rio Janeiro el 1.º de agosto de 1845, contenía los siguientes pormenores sobre el descubrimiento:

« Desde hace algunos meses las comunicaciones y las relaciones comerciales con la provincia de Bahía, han tomado un vuelo extraordinario. Un crecido número de habitantes del país, de especuladores, de aventureros y aun de personas pudientes, emigran con sus esclavos á la provincia de Bahía, donde hay una inmensa mina de diamantes que da productos increíbles. Esta mina fué descubierta el año último, por un esclavo, que en veinte dias recogió 700 quilates de diamantes, y los llevó á vender á larga distancia. Sin embargo allí donde fué le cogieron preso, pero el esclavo no quiso nombrar cual era la procedencia de aquellas piedras. Entónces le dejaron escapar, soltando detrás de él algunos indios inteligentes para que le siguieran la pista. Estos caminaron en pos del esclavo durante muchos dias, y al cabo le sorprendieron trabajando en la extraccion de diamantes, no léjos de Caxoeira, ciudad de segundo orden de la provincia de Bahía. Entónces se hicieron investigaciones mas en grande, á lo largo de una cadena de montañas llamadas Sincura, de donde viene el nombre de esta mina, y á las orillas del rio Paraguassu, que entra en la playa de Bahía.

» Las primeras personas que se establecieron en la mina de Bahía, fueron en gran parte gente de mal vivir, que señalaron allí su presencia con asesinatos é incendios. La dificultad de subsistir en el país, y el peligro á que se hallaban expuestos los que á él iban para comprar diamantes, impedían á los negociantes honrados el entrar en este ramo de comercio. Sin embargo, á medida que se fué aumentando la poblacion, se fueron adoptando algunas medidas de policia por los nuevos colonos, y entónces principió la explotacion sobre una superficie mas dilatada. La poblacion que en el mes de agosto último, era solo de 8,000 almas, diseminadas en tres porciones, llegó á fines de julio á mas de 30,000, y tiende á aumentarse todavía.

» En mayo y junio, los vapores ingleses se llevaron por valor de cinco millones y medio de francos de diamantes de Sincura. En los meses de junio y de julio la mina ha producido unos 1450 quilates por dia. Se calcula que desde el dia de su explotacion ha producido cerca de 400,000 quilates, (unos 18 millones, 300,000 frs.) de los cuales, las tres quintas partes tomaron el camino de Inglaterra, y el resto se dividió entre Francia, Hamburgo y Rio Janeiro.

» Todos los diamantistas de Europa no bastarian para cortar solo la mitad de lo que produce la mina de Sincura; por este motivo se espera una baja considerable en el precio del diamante.

» El Brasil que tiene el privilegio de suministrar los diamantes al comercio, no producía anualmente, ántes del descubrimiento de la mina de Sincura, mas de 10 á 15 libras, que costaban mas de un millon de gastos; por lo cual este valor, aun en bruto, fué siempre muy subido. Hasta ahora todos los diamantes de Sincura son pequeños.

» La mina de Sincura presenta el espectáculo de una colonia independiente en el seno de la madre patria. Hasta aquí el gobierno no ha tomado medida ninguna para asegurarse la direccion de esta industria que promete tan grandes tesoros; los habitantes se han dictado las leyes y reglamentos para la explotacion de esta mina, que ocupa en el dia una superficie de mas de treinta leguas.»

Los poseedores de diamantes pueden vivir tranquilos, pues hasta el dia esta piedra preciosa no ha perdido nada de su valor en el comercio. Los diamantes de la mina de Sincura, no pueden rivalizar con las antiguas piedras de las minas de la India, de Borneo, ó del Brasil, pues carecen de esa blancura perfecta, de esa transparencia y limpidez, que es lo que da al diamante su hermosura, y su elevado precio.

Escenas de un drama inédito.

ACTO PRIMERO.

ESCENA IV.

Alejo y luego Catalina.

MARIA, dentro.

¡Socorro!

ALEJO.

¡Cielos!

CATALINA, saliendo.

¿No habrá
Quién nos ampare?

ALEJO.

¡Señora!...

CATALINA.

¡Venid! en peligro está
Quien vuestro favor implora,
Y que sin él morirá.

ALEJO.

¿Dónde?...

CATALINA.

Seguidme.

ALEJO,

Yo os fio...

(Se oye ruido de espadas, y Catalina retrocede con miedo. Alejo se va por la izquierda.)

CATALINA.

¡Ay!

ALEJO.

Esperad.

CATALINA.

Son Alanos,

Que es este su campo. ¡Oh, Dios mio!
Salvada.

ALEJO, dentro.

¡Soltad, villanos!

CATALINA.

No le abandone su brio.

¿Mas qué es esto? Ya cesó
El rumor.

ESCENA V.

Catalina, Alejo, Maria.

(Alejo sale trayendo en sus brazos á Maria: esta viene desmayada y cubierta con un largo velo.)

ALEJO.

Venid.

CATALINA.

¡Qué veo!

¡En salvo! el cielo me oyó.

ALEJO.

Alzadle el velo.

CATALINA.

¡Eso no!

MARIA.

¡Ay!

CATALINA.

¿Me engañó mi deseo?

¿No oísteis? Cobrando voy
Aliento.

MARIA.

¡Favor!

CATALINA.

Calmad,

El recelo.

MARIA.

¿Dónde estoy?

¿Quién me detiene?

CATALINA.

Yo soy.

MARIA.

¿Tuvieron de mí piedad?

CATALINA.

Sin el favor de un soldado
Que á nuestro socorro vino,
Vuestro fin era llegado.

MARIA.

¿Y es?...

CATALINA.

Mirad.

(Señalando á Alejo.)

MARIA.

¡Dios sea loado

Que os trajo por mi camino!
Acercaos...

ALEJO.

¿Qué me quereis?

MARIA.

Si ese traje no me engaña,
Sin duda pertenecéis
A los soldados de España,
Y con Roger serviréis.

ALEJO.

Soldado soy de Roger.

MARIA.

Y para recompensaros
Tal favor, ¿qué debo hacer?

ALEJO.

¿Vos? Nada.

MARIA.

Tengo poder.

ALEJO.

¡Oh! no hay para qué cansaros.

MARIA.

Sois modesto.

CATALINA.

(Y aun galan.)

MARIA.

¿No habeis sufrido reveses
De la suerte?

ALEJO.

¿A qué ese afan?

MARIA.

En ese bolsillo os dan
Cien escudos genoveses,

(Dando un bolsillo á Catalina: esta se lo presenta á Alejo.)

No es paga, que mas virtud
Presumo de vuestro pecho:
Ofrenda es de gratitud.

CATALINA.

Tomad.

ALEJO.

No sé qué sospecho
De tanta solicitud.
Mucho os pesa agradecer:
Excusad la recompensa.

MARIA.

¿Os enojais?

ALEJO.

Puede ser.

MARIA.

Si lo habeis tomado á ofensa,
Yo os quiero satisfacer.
Perdonad si me engañó
El traje: os juzgué soldado.

ALEJO.

¿Quién os dice que mintió?

MARIA.

¿No sois caballero?

ALEJO.

No:

Es mas humilde mi estado.

MARIA.

¡Cómo! y siendo tan impía...
Tan misera vuestra suerte,
Despreciais la oferta mia:
¿Y porqué?

ALEJO.

Preferiria

Mil veces ántes la muerte.
Mas si en dar alguna prenda
Al soldado, os empeñais,
Sin que esto favor se entienda,
Sirve á mi herida de venda
Ese lienzo que ahí llevais.

(Al oír las últimas palabras de Alejo, Maria se dirige hácia él por un impulso involuntario: un momento despues se detiene.)

MARIA.

¡Por salvarme, á tal accion
Tal premio los cielos dan!
¿Dónde?...

ALEJO.

Aquí: siempre aquí son

(Poniéndose la mano en el pecho.)

¡Mis heridas! todas van
Derechas al corazon.

MARIA.

Mas si peligrosa fuera...

ALEJO.

Por mi desventura es leve.

MARIA.

Recompensaros quisiera,
No así, mas de otra manera,
Como á vuestra accion se debe.
Conservad, ya que os agrada
Ese lienzo.

ALEJO.

Está mi herida

Con harto precio pagada.

MARIA.

No olvidaré que á esa espada
Debí esta noche la vida;
Y si os place alguna vez

Pedir por tan gran servicio
El premio, sed vos el juez.

ALEJO.

No se dobla mi altivez
A tan duro sacrificio.
Solo os pidiera, si tanto
Puedo ser yo venturoso,
Que descubrais ese encanto
Que avaro me niega el manto,
De su ventura celoso.

MARIA.

Mas me pedís que pensais.

ALEJO.

Perdonadme si indiscreto...

MARIA.

Pero si de mí fiais,
Antes de mucho os prometo
Que cual pedís me veais.

ALEJO.

(No sé que dulce poder
Hay en su voz!... se extremece
Mi corazon de placer!)

MARIA.

Adios quedad : ya amanece,
Y temo que me han de ver.

ALEJO.

¿Pero sola?

(Haciendo ademan de acompañarla.)

MARIA, con severidad.

No consiento
Que de aquí paseis.

ALEJO.

¿Ya enojos?

MARIA.

O borraréis desatento
El alto merecimiento
Que os recomienda á mis ojos.

ALEJO.

Esa razon me reporta;
Mas mirad por vuestra vida...

MARIA.

¡No, no! la distancia es corta.
Adios quedad, que me importa
No ser aquí conocida.

(Vase con Catalina.)

ESCENA VI.

Alejo solo.

¡Extraña mujer! no sé
Qué encanto, que melodía
En esa voz encontré,
Que á no ser mi amante fe
Tan firme... ¡vacilaria!
Y aunque es hoy la vez primera
Que escucho y hablo á esta dama,
No sé qué extraña quimera
Toda la razon me altera,
Toda la razon me inflama.
¡Deseo! en vano procuras
Buscar en algun recuerdo
La causa de estas locuras!
Inútilmente me pierdo
Entre vagas conjeturas.
No es ella, ilusion que adoro,
No es la voz que vertió en paz
Aquí, de amor un tesoro,
Con el arrullo sonoro
De la paloma torcaz.
Es el imperioso acento
Del que subyuga y domina,
Y mientras su influjo siento,
Airado, me da tormento;
Cariñoso, me fascina.
Mas ya moviéndose está
El campo : el deber te llama,
¡Esclavo! olvidate ya
De la misteriosa dama...
Como ella te olvidará.

(Con tristeza.)

A. GARCIA GUTIERREZ.

Estadística.

El *Almanaque Americano*, publicado este año en Boston, da sobre la América los detalles estadísticos siguientes:

« En la América del Norte, la Dinamarca posee una superficie de 380 millas inglesas cuadradas y 17,000 habitantes (Groenlandia); Francia, 118 millas y 200 habitantes; Rusia, 394 millas y 66,000 habitantes; las posesiones inglesas (la Nueva Bretaña, el Canadá Este y Oeste, el Nuevo Brunswick, la Nueva Escocia, la isla del príncipe Eduardo y Tierra Nova) tienen 2,255,401 millas inglesas, y 2,472,195 habitantes; los Estados Unidos de la América del Norte, 3,260,075 millas y 23,283,345 habi-

tantes. Se calcula que los países y las islas de la América del Centro, exceptuando las Indias Occidentales, (Méjico, San Salvador, Nicaragua, Honduras, Guatemala, Mosquito, Honduras inglesa) tienen 2,157,740 millas cuadradas inglesas y 9,352,000 habitantes. Los países de la América del Sur ocupan 6,500,000 millas inglesas cuadradas, y cuentan 18,275,195 habitantes. »

Se debe advertir que este reciente *Almanaque Americano* no lleva la población total de la tierra mas que á 854,047,481 habitantes, y da al Africa 101 millones de habitantes; á la América, 57,359,681 habitantes; al Asia, comprendiendo sus islas, 429,600,000 habitantes; á la Australia con sus islas 1,368,000 habitantes; á Europa, 263,220,300 habitantes; en fin, á la Polynésia, 500,000 habitantes.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La fiesta del 15 de agosto. — Dificultad que experimentan los curiosos para hallar un abrigo en la capital. — Ingenioso medio de que se vale una familia provinciana para alojarse á expensas del gobierno. — De los fines que se lleva una articulista de modas. — Sombreros en voga. — Cómo se llevarán este invierno los sombreros. — Las elegantes transformadas en fieras. — ¿Qué dirán de esta metamorfosis los vestidos á la Florian y á la Pompadour? La chaquetilla se lleva los honores de la fantasía. — Descripción del figurin.

Paris ha estado muy alegre el 15 de agosto. Los pomposos y brillantes anuncios de la fiesta habian traído allí tal afluencia de curiosos de todos los países del mundo, que la pobre capital, reducida ya por las demoliciones, no sabia donde alojar á tantos extranjeros y provincianos que invadían las fondas y posadas, sin poder alcanzar en ellas un abrigo.

Sobre este punto se cuenta una anécdota graciosa.

La víspera de la fiesta, una familia procedente de la Picardía se presenta al pié del Arco de Triunfo para visitarle por dentro, el padre y el hijo provistos de anchos capotes de seis cuellos, y la madre y la hija con buenos cobertores de lana.

El guarda del monumento se pregunta con sonrisa en los labios quiénes son aquellas gentes, que haciendo un calor de 25 grados, no temen echarse encima unos abrigos propios de los días mas rigurosos del invierno; pero fiel á su consigna, les permite subir á lo alto del edificio.

Pasa una hora, luego dos, y la gente no baja.

— ¿Qué estarán haciendo allá arriba? se pregunta el guardián. — ¿Estarán sacando dibujos de la capital á vista de pájaro?

Impaciente é inquieto, y viendo que comienza á caer la tarde, se decide á subir á ver lo que hay.

— Señores y señoras, dice á los cuatro miembros de la familia, ya es hora de retirarse, de modo que harán Vds. el favor de bajar cuanto mas pronto.

— No haga Vd. caso de nosotros, responden en coro los provincianos; si tiene Vd. algo que hacer, puede muy bien hacerlo; nosotros hemos tomado nuestras precauciones para pasar la noche lo mejor que nos sea posible.

Y dicho esto, se ponen á extender sus capotes y sus mantas.

— Aquí mi hijo y yo, dice el papá.

— Aquí mi hija conmigo, dice la mamá. Dormirémos lo mismo que en nuestra cama, y si llueve, para eso traemos nuestros paraguas.

El guarda se quedó estupefacto al oír una declaracion semejante; creyó buenamente que los cuatro estaban locos.

— Vamos, les dijo con dulzura, veo que están Vds. de broma; pero debo advertirles que el Arco de Triunfo no es una fonda.

— ¡Oh! amigo mio, respondió el padre de familia, es una idea providencial que se nos ocurrió cuando vimos que era imposible hallar una simple alcoba en que hospedarnos en Paris esta noche. Pero no tenga Vd. ningun cuidado, pues no hay miedo que á tales alturas hagamos daño á nadie. Además, aquí mi hija trae algunas provisiones, de modo que si quiere Vd. cenar con nosotros, brindarémos juntos á la salud del Emperador.

— Ea, señores, exclamó el guarda principiando á perder la paciencia; dispónganse Vds. á marcharse; ya es de noche, y voy á cerrar las puertas.

La familia empleó todas las súplicas y ardidés imaginables para permanecer en aquella habitacion improvisada.

— ¿Qué mal hacemos al gobierno, decían, y á quién incomodamos? Mañana no tendrémos que movernos para ver las fiestas y la iluminacion.

Para terminar esta grotesca aventura, el guarda tuvo que amenazarlos con que iría á buscar la fuerza armada.

La pobre familia recogió tristemente los capotes, las mantas y las provisiones, y bajó del Arco de Triunfo llenando al desgraciado guarda de imprecaciones y de insultos.

La crónica no dice donde se abrigaron los provincianos, pero sin duda debieron sentir mucho el haber salido del Arco de Triunfo, desde el cual las iluminaciones presentaban un golpe de vista mágico. Nunca ha habido en Paris fiesta nacional como la de aquel día.

Estas diversiones populares nos traen á Paris una muchedumbre de curiosos con vestidos á cual mas extravagantes.

Seria necesario el lápiz de un caricaturista para bosquejar las cosas que hemos visto en cuanto á trajes feos y ridiculos.

Sin embargo, la moda es bien elegante y bien graciosa, y por esto cuando veo en las cabezas de ciertas señoras sombreros dignos de risa, me pregunto para qué sirven los bolatines de la moda.

¿Acaso se cree que la que se ocupa en escribir artículos de modas tiene un interés directo en proclamar las novedades? No por cierto.

Sus fines no son otros que los de tener al corriente de lo que pasa á sus lectoras, y decirles : Esto es lo distinguido, esto es lo que lleva la gente elegante.

Fiel á mi mision, voy pues á describir algunos sombreros deliciosos.

Hablaré primeramente de un sombrero cuyo casco representa una cruz de Malta de encaje de cerda, bordada con unas hojas de paja lisa, con ribete de paja de Italia en festones. Todos los contornos de esta cruz se hallan guarnecidos de blonda. El borde del sombrero se cierra con dos rizados de encaje de cerda, y con un volante de blonda. A cada lado del casco se ve un manojo de anchas hojas de crespon y de flores de agua, en crespon liso color de violeta, con un pétalo amarillo de oro. En el interior del ala hay una guirnalda de lazos color de lila, de puntas de blonda, de hojas de agua, y de botones de crespon violeta con botones de oro.

Despues viene otro tocado, que recuerda la moda catalana. Consiste en un sombrero de paja lisa cubierta de encaje negro, y bordada de crucecitas de terciopelo negro, con un especie de feston de paja á la catalana; el ala de este sombrero no puede describirse. El casco es calado, de encaje negro con *ruches* de jacintos imperiales de un color de púrpura brillante. Sobre este sombrero se llevan unas veces plumas purpuras y negras, y otras se ponen adornos de terciopelo negro, y ramitos de jacintos imperiales. Este tocado es de una originalidad sumamente graciosa.

Ahora si se quieren sombreros mas sencillos, hablarémos de uno blanco y otro verde, que se resienten ya del otoño y de la caída de las hojas. ¡Ah, pícaros sombreros que nos dicen que las flores no son eternas!... Sin embargo, una mujer elegante no debe dejarse sorprender, y la coqueteria debe continuamente estar alerta. El sombrero blanco tiene el casco y la mitad del ala de tafetan blanco al sesgo, y de pequeños volantes formando laberintos. Al borde se extiende una doble ruche de tafetan blanco y de blonda, una ruche formidable de buen gusto. En el interior se ven ramitos de margaritas blancas y de color de lila.

El sombrero verde es de muaré antiguo, con adornos de terciopelo negro, y de encaje negro, y gruesos afollados de cinta de aguas.

El muaré antiguo volverá á ser de moda este invierno.

¡Ah! mucho tendria que decir, si quisiera, sobre los sombreros, pues la moda me ha confiado sus mas íntimos secretos.

Pero me contentaré con decir, y en voz muy baja, que los sombreros se llevarán en imitacion de pieles. Los galos y los hombres del Norte llevaban en la cabeza antiguamente pieles de tigre, de leopardo y de pantera. Nosotros, las señoras del siglo XIX, los vamos á imitar este invierno.

Y esto no es una chanza; al contrario, hasta se habla de capuchones de lo mismo para salir de bailes. Así, señoras mias, este año nos vamos á disfrazar de fieras.

¿Y qué vestidos va á decretar la moda para hacer juego con tales excentricidades? ¿Acaso los deliciosos trajes á la Florian, á la Pompadour y á la Watteau podrán armonizarse con los sombreros capuchones de pieles? En esto no se sabe todavía; y por esto me contentaré con citar dos vestidos á la Florian, que no puede darse cosa mas graciosa. El uno es de *barége* cenicienta con ruche de cinta azul de Francia, falda que de seguro no tuvieron Estela y Galatea. En cuanto al corpiño, dirémos que es enteramente calado y escotado en forma cuadrada, con cuchillos de pequeñas ruches. La cintura se termina en picos redondos rizados, á cuya punta cuelga un lacito-mariposa sacudiendo las alas. Las mangas justas y aplastadas hasta el codo, se cortan enseguida en cuatro partes igualmente rizadas, sosteniéndose por abajo por medio de cuchillos y lazos-mariposa, en tanto que otros lazos con puntas flotantes adornan y ocultan la abertura.

El otro vestido es de tafetan de florecillas con volantes rizados. El corpiño lleva tres series de lacitos que dibujan graciosamente el talle. Las mangas son abiertas por ambos lados de la costura, hasta el hombro, por cuchillos y lazos de cinta.

Quizás al leer la descripción de estos dos vestidos se podrá creer que han vuelto á la moda los trajes Pompadour, y que los vestidos con faldetas se hallan enteramente destronados, pero no es así por cierto.

La moda va de capricho en capricho, como va una mariposa rozando con la punta de sus alas mas de una flor encantadora.

Nuestro figurin prueba que la moda real es la que sigue siempre el impulso del buen gusto y de la elegancia. El primer traje pertenece á una hermosa jóven, graciosamente apoyada en una balaustrada de mármol blanco. Su prendido consiste en una falda de *barége* color de rosa, á cuadros escoceses, con pliegues aplastados y huecos. El corpiño es de muselina blanca bordada al plumetis, y se termina en faldetas onduladas, guarnecidas con tres pequeños volantes festoneados. Una solapa de muselina adornada con dos pequeños volantes rodea la escotadura del corpiño. Los brazaletes son de terciopelo negro, y van cerrados con cuatro gruesas perlas. Las botitas son de raso francés color de perla. La sombrilla es de muaré verde con mango de márfil. El tocado se compone por delante de cabellos ondulados, y por detrás de un rodete á la griega de trelzas anchas.

El segundo traje pertenece á una madre jóven. Vestido de *barége* azul celeste con tres volantes de hojas y de flores en pequeños cuadros. El corpiño va escotado graciosamente, y un poco fruncido á partir del hombro. Mangas anchas reproducidas con cuatro volantes de *barége*, sobrepuestos los unos sobre los otros. Cuello en aplicacion de Bruselas. Mangas de encaje, cayendo sobre dos ricos brazaletes. — Manteleta de crespon de China blanco, bordado de aplicacion de tafetan azul, y de blonda en relieve. Esta manteleta lleva un espléndido fleco de seda blanca, con una guarnicion figurando una guirnalda de perlas en pasamanería. Botitas cenicientas, con puntas de taflete de color adecuado á la tela.

Capota de gasa lisa blanca y de blonda con una guirnalda de rosas todo al rededor del ala.

En la tercera figura se ve un trajecito de niña de cinco años. Vestido de muselina blanca, con una falda adornada con pliegucitos de cuatro en cuatro, á distancias desiguales unos de otros. Corpiño-chaquetilla de muselina con faldetas abiertas sobre las caderas. Las mangas van adornadas con pliegucitos, en los que se ven lazos-mariposa de cinta de tafetan blanco. Guirnalda de geranio rosado con hojas blancas. Botitas de raso francés verde apagado. Medias de hilo de Irlanda.

En último término, se ve una jóven, con un vestido de barége color de perla, género bayadera, con rayitas color de lila satinadas. Corpiño con faldetas. Esclavina de tafetan color de lila ricamente bordada al pasado, con volantes de punto de Inglaterra, que cubren enteramente el tafetan. Capota de gasa color de lila adornada de blondas, con guirnaldas de jazmin

blanco y botones de rosas por el interior. Cuello y mangas de punto de Inglaterra y botitas cenicientas.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

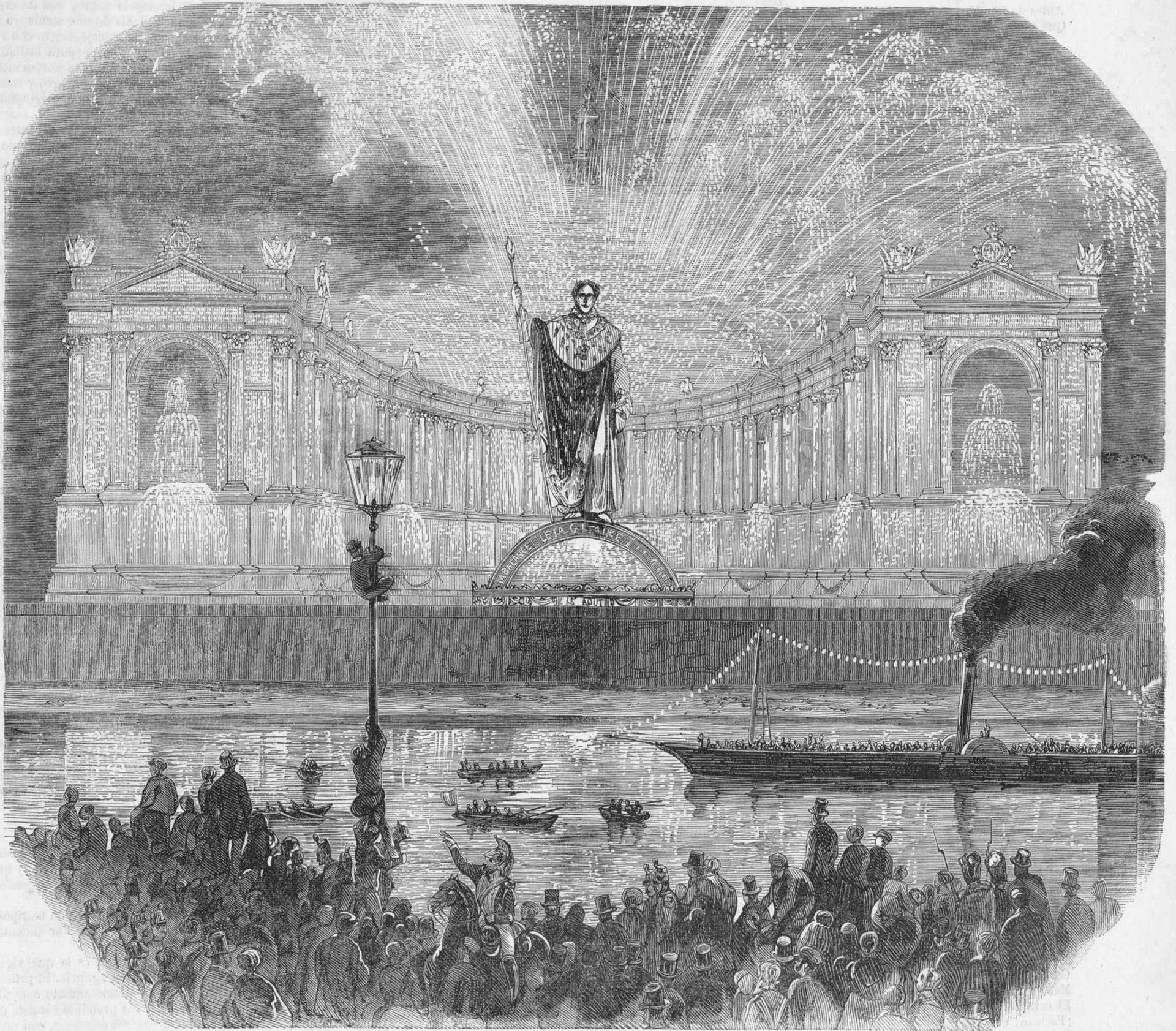
Invencciones, antiguedades, etc.

El cristal tirado por cilindros es una invencion sobre la cual debemos llamar la atencion de los arquitectos. Se contruye en Inglaterra á precios muy baratos, y en tamaño grande. Es compacto, grueso, medio trasparen-

te, y es sobre todo á propósito para aquellas ventanas que han de dar luz sin que pueda verse por ellas.

— *El telégrafo atmosférico es una invencion del americano Richardson, que consistiendo en una cañería, despacha cartas y pequeños paquetes con una velocidad de 1000 millas inglesas por hora por medio de un piston ó émbolo.*

— *En Lóndres se prepara actualmente la luz eléctrica, de tal manera que se fabrican colores y se obtiene al mismo tiempo la luz. Para la esplotacion de esta invencion se ha formado una compañía de acciones con el capital de 250,000 libras esterlinas.*



Festividad del día 15 de agosto. — Pieza principal del fuego de artificio, en la Esplanada de los Inválidos.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.....	\$ 15 » »
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 13 »	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.....	\$ 16 » »
— PUERTO RICO (San Juan).....	\$ 12 50 macq.	Un número suelto.....	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO.....	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME.....	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.....	\$ 12 75 »	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.....	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.....	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).....	\$ 14 » »	Un número suelto.....	3 1/2 rs. fs.